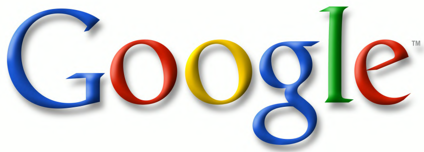

Google



GUILLELMO COLMANN,

DRAMA EN CINCO ACTOS
Y
EN PROSA.



Madrid: 1838.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, núm. 7.

PERSONAGES.

ANDRES HOFER, *gefe del partido tiroles, preso en la ciudadéla de Mantua.*
MARÍA, *su hija.*
GUILLELMO COLMANN, *montañes del Tirol.*
MIGUEL, *su hijo.*
MARGARITA, *esposa de Colmann.*
EL GOBERNADOR *de la fortaleza.*
FEDERICO KELLER, *jóven suizo, prisionero de guerra en la fortaleza.*
ARNOLDO KELLER, *su primo.*
BLUMFIELD, *acreedor de Arnoldo.*
TADEO, *criado de Colmann.*
UN COMISARIO *austriaco.*
UN MOZO *de una posada.*
UN OFICIAL *frances.*
SANTIAGO, *prisionero.*

La accion pasa en el primer acto en la ciudadela de Mantua, á 25 de febrero de 1810. — *En los cuatro restantes en el Tirol, cinco años despues.*

ACTO PRIMERO.

Prision de Estado en Mantua. — Á la derecha del actor una ventana. — Á la izquierda una puerta. — Mesa en el proscenio. — Verja al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ANDRES *á la ventana.* FEDERICO *en conversacion con* SANTIAGO, *uno de los presos.*

Fede. Sí; á pesar del horror que me inspira cualquier género de cautividad, nunca sentiré haber estado en esta cárcel, pues he conocido en ella á Andres Hofer, heroe sin fausto, y grande hombre por instinto. Poco tiempo ha era Andres rico y afortunado posadero del Tirol, y no vaciló en sacrificar por el honor del pais una existencia grata y bien asegurada. Por sus instigaciones se alzáron los habitantes de aquellas montañas contra la opresion de Baviera y de Francia, conservando el pais á los austriacos. Andres ha sido bueno, magnánimo, terrible y misericordioso; pero en recompensa le han proscrito los vencedores. Hé aquí lo que se llama tener desgracia hasta en el modo de morir.

And. (*Separándose de la ventana.*) Estaba contemplando esta gran máquina, inventada para hacer viajar la política. Desde ayer no han dado señal de vida sus enormes brazos.

Fede. Tanto mejor! Nuestros vencedores no habian de anunciarnos buenas noticias!

And. Esta falta de movimiento no durará mucho. Apuesto á que ántes de acabarse el dia nos obsequia la máquina con algunas evoluciones. (*Se aproxima á Federico que tiene un libro en la mano.*) Qué leeis ?

Fede. El Guillelmo Tell, de Schiller.

And. Schiller! No conozco tal nombre! En cuanto á Guillelmo Tell, creo que su historia no es desconocida en el Tirol.

Fede. (*Aparte.*) Ha sido mas fácil á este hombre ser un segundo Guillelmo Tell, que conocer al primero!

And. Que afligido estais, mi querido amigo! Si pensaseis en la libertad que no tardareis en recobrar, vuestro semblante se animaría con una espresion de júbilo!

Fede. Estoy pensando, mi buen compañero, en que hallándonos los dos en la misma cárcel, nuestra comun cautividad debe conducirnos á término muy diferente! Yo, simple soldado en los ejércitos de Italia, recogido del campo de batalla con tantas heridas... reliquia de un combate, prisionero de poca importancia; voy á obtener una libertad que no suponen peligrosa. Vos por el contrario... Os estimo demasiado para lisonjear falsamente vuestras esperanzas... os habeis hecho temible, Señor Andres! Jamas se perdona á aquellos á quienes se teme! Algunas veces me digo á mí mismo: feliz si á lo ménos viviese mi madre, noble y valiente desterrada, que me amaba cuando mi padre no me queria reconocer: cuando nuestros parientes nos calumniaban y nos perdian; cuando no teníamos ni aun patria! Pero mi madre no existe! Lo que me espera al recobrar la libertad, es una soledad desconsolada, un fastidio eterno, el aborrecimiento de la misma vida que me conceden. Vos podreis contar con una patria que os

tiene por su genio tutelar, con una hija que os adora, con la gloria que ha adquirido vuestra casa, con la felicidad doméstica! Ved ahí lo que encontraríais al salir del calabozo. Cuando me entrego á estas reflexiones creo que el cielo sería mas justo, y sus decretos mas acertados, si os enviase á vos la libertad, y á mí las balas de un peloton de franceses!

And. Tranquilizaos, jóven. Yo debia esperar lo que me sucede... Me decidí por el Austria contra Francia y Baviera. Mis enemigos me han proscrito: los mismos á quienes defendia me han abandonado! No hay cosa mas natural. Haber servido bien á los unos: tener á los ojos de los otros el derecho de la desgracia, de nada aprovecha. No soy, en resúmen, mas que un hombre; y los hombres son guarismos en los cálculos de los gobiernos. Yo tengo la culpa de que mi número no haya entrado en otra operacion que en la de la resta. Por lo demas, os agradezco mucho el interes que me manifestais, y solo me quedará contra vos un resentimiento... por haberme hablado de mi hija. Os juro que la tengo bien presente! Ah! no deberíamos arriesgar nuestra vida en el sangriento juego de las revoluciones cuando tenemos hijos. Y yo soy padre!... Mi sangre hierve con esta idea; y al reflexionar que habiéndose procedido á sentenciarme, todavía se me hace aguardar la notificacion, como para darme mas tiempo de que me interese por una vida que han de quitarme con violencia... creo que mis vencedores son cruelmente bárbaros!

ESCENA II.

ANDRES. FEDERICO. UN OFICIAL. SANTIAGO.

Ofic. (*Entra por el fondo.*) Santiago y Federico Keller, prisioneros de guerra.

Fede. y Sant. Presentes.

Ofic. Estais en libertad. Solo se exige de vosotros la palabra de no tomar de nuevo las armas contra Francia.

Sant. La empeño!

Fede. Mi palabra...!

And. Dadla, jóven, dadla. Otros enemigos quedan, á los cuales podreis hacer una guerra gloriosa...

Fede. Sea, pues! Me obligo á cumplir la condicion que se me impone; pero pido una sola gracia; que me permitais permanecer por ahora en compañía de este preso. (*Por Andres.*)

Ofic. Imposible! Tengo órden de haceros salir de aquí al instante.

And. Entónces no hay que hablar, amigo mio. Estais libre por fuerza; lo manda el Emperador. Adios, pues. Cuidado con abatirse! Por muy aislado que os juzgueis, aun os esperan algunos placeres. Os lo predigo... sois tan jóven... Con que, buen ánimo!

Fede. Buen ánimo!... Creo que de eso tenemos los dos igual necesidad. Vos por vuestra próxima muerte: yo por mi larga existencia. — Puedo seros útil en algo ántes de partir?

And. Ántes no... pero muy pronto... tal vez sí. Escuchad: conservo una cruz bendita, á la cual he debido todas mis victorias. Ah! os reis? Los que habitan las ciudades escarnecen la simplicidad de los campesinos. Pero preguntad en todo el pais, y os dirán que mi

cruz ha sido mi mas poderoso auxilio contra los enemigos.

Fede. Sin embargo estais en su poder!

And. Sí, pero no fué en una batalla donde me hicieron prisionero! De todos modos, quisiera que esta cruz llegase á manos de mi hija despues de mi muerte. Por muy cierta que sea la desgracia que temo, no os daré sin embargo la cruz en este momento, porque tiene que prestarme el último servicio. Cuando era soldado me hacia vencer: condenado á muerte, abreviará mis agonías, dirigiendo á mi corazon las balas de que me libraba en otro tiempo! Prometedme asistir á mi ejecucion, si se verifica, y recoger en seguida esta pobre reliquia que pende de mi cuello. Prometedme tambien que la llevareis á mi hija, en el Tirol, en casa de Guillelmo Colmann, dueño ahora de la posada que perteneció á Andres Hofer. Cualquier tiroles os enseñará el camino. Quiero pedir al oficial que mande el piquete de los que me fusilen la gracia de que permita se cumpla este deseo. ¿Vacilais? No: no creo haber hecho mal confiando en el valor de un soldado!

Fede. Es horroroso lo que exigis de mí; pero os doy palabra de que se hará como deseais. Todavía, espero que la Providencia me evitará tener que prestaros tan penoso servicio.

And. Tambien yo espero, aunque quisiera, por otra parte, renunciar á toda esperanza; mas si me quitan la vida, cuento con vos!

Fede. Y no os equivocais! (*Da algunos pasos para marchar. Andres vuelve á llamarle: se abrazan y se separan. Federico se retira con Santiago por el fondo.*)

ESCENA III.

ANDRES, *solo.*

Se fué... y ya estoy solo! Solo... con la muerte...! Último y desconsolado combate...! Desconsolado, sí... porque me encuentro sin armas, y... es preciso dejarme matar... y no puedo siquiera despedirme de las personas á quienes amo! Pobre María! No tiene ella la culpa de que yo haya querido conservar al Austria el Tirol! Tampoco la tiene de que yo haya tomado las armas contra los estrangeros... y sin embargo, tal vez morirá como yo!

Una voz dentro. Donde? Donde? Mi padre! Yo quiero verlo!

And. María! Esta es su voz! Habrá permitido Dios...? No: nada ha permitido. Mi deseo me ha engañado! (*Abren la puerta.*) María! Es ella!

ESCENA IV.

ANDRES. MARÍA *que entra por la izquierda con* GUILLELMO, *el cual queda retirado al fondo.*

And. María!

Mar. Padre mio!

And. Hija mia! Cómo has hecho para llegar hasta aquí?

Mar. Ah! Preguntadme mas bien como he podido vivir tanto tiempo sin vos! Pues qué... estando mi padre en una cárcel, sin consuelo alguno, próximo á una desgracia cuya idea me horrorizaba... podia yo permanecer tranquila en el Tirol! Podia disfrutar de aquel cielo hermoso, respirar el aire de la libertad

sin compartir con vos las incomodidades del calabozo, vuestras penas, vuestras inquietudes y aun vuestra muerte! Mal me conoceis, mi querido padre! Vuestra hija no olvidará nunca que debe participar de todos vuestros trabajos... Ya no me separaré de vos! Mi ternura os consolará; mi cariño mitigará vuestros padecimientos! Firme en mi propósito, ni á vista de la muerte dejaré de ser digna hija de Andres Hofer!

And. Y como has conseguido entrar en esta fortaleza?

Mar. Los soldados no me dejaban.—Triste, desolada, no sabia ya qué medio tomar, cuando la casualidad me proporcionó hablar al Gobernador. Arrojándome al instante á sus pies, le rogué me permitiese ver á mi padre, y vivir en su compañía. Él estaba indeciso: trató de aterrarme, hablándome de la suerte fatal que tal vez os aguardaba. "Pues precisamente »por eso, repuse yo, es por lo que quiero darle un »abrazo." En fin, mi llanto le hizo consentir. Ah! esclamó despues enternecido: "por qué no me es da»do consolaros con alguna esperanza? Vuestro padre »no sabe todavía cuanto le debo, ni lo que sería ca»paz de hacer en su favor!" Dichas estas palabras, me apretó la mano. Ah! Bendito sea hombre tan generoso!

And. Pero como has hecho sola tan largo viage?

Mar. No he venido sola, querido padre. Me ha acompañado vuestro amigo Guillelmo Colmann, que está aqui. No lo veis?

And. Guillelmo! Perdóname: todo entregado á los afectos paternales, no cabian en mi corazon dos grandes satisfacciones á la vez. Cuanto me alegro de verte, mi antiguo compañero de armas, mi buen camarada!

Colm. No te disculpes. Nada tiene de particular que me hayas olvidado en este momento; porque, al contemplar tu alegría, me olvidaba yo mismo de

mí. Tambien ha venido Miguel: mas no ha podido entrar en la cárcel.

And. Queridos amigos! Venis á hacer mas llevadera mi prision! Ay! Recelo no tener ya que esperar sino uno de aquellos grandes infortunios, contra los cuales nada pueden los consuelos de los que bien nos quieren!

Mar. Por Dios, padre, por Dios! desechad esas horribles ideas. Dejad que os mire un momento... sin pensar que puedo perderos! Ya que el cielo me ha concedido volver á vuestros brazos, no hagais que esta gracia se convierta en un suplicio!

ESCENA V.

MARÍA. ANDRES HOFER. EL GOBERNADOR. GUILLELMO COLMANN.

Gob. Andres, os traigo buenas noticias. Vuestra suerte se habia confiado, por pura fórmula, al Tribunal militar, ante el cual habeis comparecido; pero otro poder mas fuerte se ha reservado el derecho de disponer de vos: por esto la sentencia no se pronunció acto continuo de la instruccion del proceso. El plazo señalado toca á su término, y no hemos recibido ninguna órden superior. Hay, pues, motivo para esperar que se os deje á discrecion de los vocales del Consejo; y entónces, os lo aseguro, Andres, los soldados no asestarán sus tiros contra un enemigo indefenso, porque todo prisionero es para ellos casi un compañero de armas!

Mar. Sería posible?

And. Y de que procede esa noble solicitud que manifestais en mi favor?

Gob. No hago mas que pagar mi deuda. Os acordais de

que una tarde, cuando nuestras guerras del Tirol, sorprendísteis á un oficial que caminaba solo, y que se habia separado imprudentemente de su tropa para reconocer el terreno? Considerando vos que no estaba legítimamente tomado lo que no habia sido defendido, le volvísteis la libertad. Mas dichoso que yo, vos mandabais en gefe, y pudisteis, sin ser traidor, ser generoso. Hoy os tengo en mi poder: vuestra suerte, que no me pertenece, me está confiada; y esclavo de la consigna que he recibido, no puedo manifestaros todavía mas que un interes bien estéril por cierto! Ademas: el Consejo, dejando con vida á Andres Hofer, creerá sin duda que debe negar la libertad á un hombre peligroso para las posesiones del Emperador, si volviese á ellas. De cualquier modo, ved en mi conducta una prueba de compasion hácia vuestra desolada hija, un sentimiento de gratitud respecto de un valiente, y un deseo de mitigar el severo rigor que puede serme ordenado.

And. General, aun cuando me quitasen la vida, no os estaría ménos reconocido!

Mar. La vida! No hableis de eso, por Dios! El Señor Gobernador dice que no os la quitarán!... Continuareis preso... y bien... la cárcel no mata... la cárcel puede llegar á ser agradable! No es verdad, Señor Gobernador, que me permitireis estar en compañía de mi padre? Sí: me lo permitireis... lo veo!... Corro á buscar todo lo que he traido conmigo. Guillelmo, quedaos con mi padre. Miguel, que está abajo, me acompañará á la posada. — Hasta despues. Señor Gobernador, dejadme besar vuestra mano: esta mano generosa que habeis tendido en favor de un pobre proscrito; esta mano que han bañado las lágrimas de mi dolor cuando os ví por primera vez, y sobre la cual cae ahora el llanto de mi júbilo. Al instante

vuelvo, querido padre! (*Se retira por la izquierda.*)

ESCENA VI.

EL GOBERNADOR. ANDRES HOFER. GUILLELMO COLMANN.

Gob. El tiempo corre, (*Mirando su relox.*) y no llega ningun aviso. Cada vez es mas fundada nuestra esperanza.

And. Dios mio! El volverme (*Aparte.*) la vida es un beneficio inefable! tengo una hija! General, (*Alto.*) ya que sois tan bondadoso conmigo, permitid que traigan un poco de vino, aunque sea cosa prohibida en la cárcel. No es justo que mi pobre compañero Guillelmo esté á dieta rigorosa como yo. Viene de muy léjos, y necesita recuperar sus fuerzas! (*El Gobernador hace una seña al carcelero, y este se va.*)

Colm. El mejor refrigerio para mí es la esperanza que tengo ya!

And. No importa! Cuando dos legítimos tiroleses se encuentran, el reconocimiento debe hacerse con el vaso en la mano! (*Andres y Guillelmo se sientan á la mesa hacia la izquierda. Les traen vino. El Gobernador va á salir; pero un objeto que de la parte esterior llama su atencion le hace aproximarse á la ventana de la derecha.*)

And. Bien te acordarás, Guillelmo — Ántes que fuésemos gefes de los patriotas del Tirol, marchábamos siempre á la cabeza de los primeros bebedores del canton. Tal vez aquella influencia fué la que mas tarde nos dió la otra.

Colm. Mi amado Andres! No quiero hablar de mi regocijo, al verte ya fuera del peligro de morir. Mi

alma se goza en la alegría universal que con tal noticia va á difundirse entre todos nuestros compañeros y amigos! Desde que el Tirol ha perdido su *Santo*, que, así te llaman, todos los tiroleses creen que les han echado una maldicion!

And. Bien reflexionado, si el *Santo* del Tirol hubiera sido mártir, habría protegido á su patria todavía mejor! Y nuestra posada? Qué tal? Concurren muchos viageros?

Colm. Mas que caben en ella. (*Beben.*)

And. Yo lo creo. No hay cosa como la gloria para hacer parroquianos! Doble ganancia para tí. Les das de comer en el parador, y les guias luego á traves de las montañas. Me parece que no habrás abandonado tu primer oficio, al adoptar el mio.

Colm. Al contrario; pero mi hijo Miguel es quien se dedica á la profesion, miéntras llega el tiempo de heredarla. Por otro lado, será preciso volverte la posada cuando te presentes en el pais. Qué dia para todos, Andres! Una fiesta mas, de las de primera clase, cuya conmemoracion se marcará en el calendario!

And. Paciencia! aun no estamos en ese caso! Dios mio! Qué de confianza le inspira el vino!

Colm. No tengas aprension, (*Bebiendo.*) Andres, el Señor Gobernador sale garante... y si he de decirte lo que siento, siempre he tenido cierta seguridad... Sé que llevas contigo la consabida cruz; no creo que te deje fusilar.

And. Mi cruz! Sí... aquí está... siempre aquí...! Ya habia yo encargado á uno de mis compañeros de infortunio... Voy á contártelo; espera. (*Acaba de beber.*)

Gob. Válgame Dios! (*Aparte, cerca de la ventana.*) Será posible! y es preciso, sin embargo... (*Hace se-*

ñás á Colmann.) Buen hombre, tengo que deciros dos palabras.

Colm. Entiendo. Querrá que me retire. Ya se ve... (*Á Andres.*) la consigna de la cárcel... Le suplicaré que me permita volver. (*Se levanta y va hacia el Gobernador.*) Me iré, Señor Gobernador.

Gob. No: quedaos: tengo necesidad de vos para una mision fatal... para que anuncies á vuestro amigo que está condenado á muerte!

Colm. Á muerte! Por quien? Como?

Gob. Veis esas señales de la torre?

Colm. Esas escalas... esos palos que se mueven... eso significa?

Gob. Esas son otras tantas letras de un alfabeto terrible, cuyo secreto me está confiado en razon de lo estraordinario de las circunstancias. Mirad... Se repite la órden.

Colm. Y van á fusilar á Andres?

Gob. Esperad. (*Momento de silencio.*) Al instante!

Colm. Qué decís!

Gob. La verdad! Ah! No sabeis cuanto padezco! Habrán sorprendido al Emperador: le habrán arrancado un decreto! Pero mi deber es ejecutarlo. Si amais de veras á Andres, pensad en prepararle para la catástrofe! Ádios! (*Se va por la verja.*)

ESCENA VII.

COLMANN. ANDRES HOFER.

And. Y bien... has conseguido del Gobernador lo que querias? Vamos, ven aquí, beberémos el último vaso.

Colm. Ah! No tengo ya sed.

And. No tienes ya sed! Puede que sea esta la primera vez que te oigo hablar así, desde que nos conocemos.

Debe de haber para eso alguna causa muy estraordinaria. Qué te sucede, hombre? No aciertas á hablar... ni á levantar los ojos del suelo... Qué puede inquietarte en el momento en que mas fundadas son nuestras esperanzas?

Colm. Nuestras esperanzas!

And. Segun lo que el Gobernador decia poco ha... tú mismo...

Colm. (*Le conduce á la ventana.*) Ves esa máquina?

And. Y bien... qué? Se está moviendo: tanto mejor: he ganado mi apuesta. Aposté con uno de mis camaradas de cárcel á que se moveria antes de anochecer.

Colm. Pero no sabes tú lo que pueden ocasionar esos movimientos?

And. Principio á comprender...Vamos...: habla... pronto...

Colm. Que hable! Fácilmente se exige eso; pero...

And. El único tormento superior á mis fuerzas es la incertidumbre! Vamos... ánimo, Colmann!

Colm. Animo! si estuvieras en mi lugar! — Te han sentenciado á muerte! (*Llora.*)

And. No me engañaban mis presentimientos!—Adelante! De órden superior, no es verdad? Estoy condenado á morir... y por supuesto... al instante? (*Colmann hace una seña afirmativa.*)

Colm. Ah! Nosotros te vengarémos... nos revelarémos! Yo levantaré en masa todo el Tirol!

And. No, no quiero semejantes funerales. Mi sangre va á derramarse, basta... no mas sangre! Colmann, piensa en mi hija! Aquí te ha cabido el papel mas fácil, el de anunciarme la sentencia fatal... Cuento con tu amistad por lo que respecta á María.

Colm. Con mi amistad... para eso !... no! Si he desempeñado ahora una parte de la sangrienta mision de tus verdugos, no me encargo de terminarla con tu hija.

And. Colmann! Colmann! Ah! — No querrás negarme este último favor! Nadie me queda en el mundo sino tú. Ademas, si yo exijo que seas el instrumento del mal, tambien tienes medios de repararlo, tu voz va á privar de un padre á esa infeliz... pero tu amor me reemplazará! María encontrará en tí otro padre! Prométeme que mi desgraciada hija será consolada por el digno amigo del que le dió el ser! Si otro cariño pudiese indemnizarle algun dia de los dolorosos padecimientos que le ha costado el nuestro... júrame que protegerás su eleccion...! Júrame que la harás dichosa, secundando su libre voluntad...! Jura sobrevivirme en el amor que le profeso...!

Colm. Andres... ¿Crees tú ver en mí alguno de los que te abandonaron? Me exiges que jure, como si fuesen necesarios entre nosotros los juramentos y las protestas, cuando se trata del cumplimiento de nuestro deber! Los juramentos... se quedan para los que ni aun jurando cumplen lo que prometen.

And. Sí... pero... esa infeliz criatura...! Serán precisas tantas precauciones para que no sucumba al dolor! Se oyen pasos...! Vienen por mí! No quiere Dios que yo vuelva á verla! Tal vez en esto me dá una prueba mas de su clemencia en medio de la desgracia!

ESCENA VIII.

ANDRES HOFER. GUILLELMO COLMANN. EL OFICIAL *en el foro, y soldados.*)

Ofic. Andres Hofer, venid á oir vuestra sentencia!

And. Colmann, la última recomendacion! Ademas de los deberes que dejo á tu cargo, no olvides que heredas la posada de Andres Hofer. Puedes vender en ella la hospitalidad á los ricos; pero concédesela siempre

generosa é inviolable á los pobres, y sobre todo á los proscritos...! No olvides tampoco que la posada de Andres Hofer, aunque no grande ni rica, ha hecho señalados servicios á la libertad del Tirol. Ahora pues, ántes de partir, echemos el último trago. (*Conduce á Colmann cerca de la mesa y le llena el vaso.*) Por mi patria! (*Alto.*) Piensa en mi pobre hija! (*Bajo.*) Ya os sigo, Señor Oficial. (*Con resolucion. Sale de la escena por la verja con el Oficial y soldados.*)

ESCENA IX.

GUILLELMO COLMANN, *solo.*

Ya marchó! Y no le verémos mas! Pobre Andres! Haber venido á buscar tan léjos las balas que allá en nuestro pais le habian respetado!... Y María? Va á volver! si la desgracia le hiciese presenciar... Es necesario prevenirla... Corramos, ah! no llego á tiempo... Está aquí!

ESCENA X.

COLMANN. MARÍA. MIGUEL, *con un lio que pone sobre la mesa.*

Mar. Dejad eso ahí, Miguel. Cuantas gracias os doy por tantas molestias... Ya soy feliz... Ya no habrá nadie que me impida estar al lado del pobre preso! Es bien particular. Ni Miguel ni yo hemos hallado obstáculo esta vez para entrar en la fortaleza: las puertas están francas; entra todo el que quiere. Parece que ocurre hoy aquí alguna cosa estraordinaria. Pero... dónde está mi padre...?

Colm. Va á volver. Le han llamado al pabellon del Gobernador.

Mar. Si va á volver... entónces... le esperaré. (*Se sienta.*)

Colm. Qué hace esta muger? (*Aparte.*) Es necesario alejarla de aquí! (*Alto.*) María, el Gobernador me ha dicho... que no os podia permitir... permaneciéseis en la fortaleza... Necesita para ello una autorizacion particular... y por ahora... tenemos que marcharnos.

Mar. Marcharnos! Y sin verle...! Esperémos al ménos á que vuelva. (*Va hacia el fondo.*) Me parece que le oigo.

Mig. Padre... mirad... (*Se ha aproximado á la ventana.*) allá abajo, en el patio... hay soldados en formacion!

Colm. Calla, infeliz! Van á fusilar á Andres! Es necesario que separémos de aquí á María!

Mig. Dios mio! Quitadme la vida, pero conservad la de esta desventurada!

Colm. Venid, María!

Mar. Oh! todavía no, todavía no! Esperad... desde esta ventana le veré ántes!

Colm. María, no os acerqueis... (*Ambos se ponen delante de María.*)

Mar. Y por qué no he de acercarme!

Colm. Por Dios... Creedme, y salgamos al instante por este otro lado!

Mar. Pero por qué? Qué sucede aquí! Dios mio!... Estais pálidos... temblais...! Yo tambien tengo ya un miedo... Dejadme, dejadme que mire desde esta ventana.

Colm. María! No: es mejor que lo sepa, y no lo vea. María... vuestro padre...

Mar. Qué?

Colm. Está en gran peligro; pero si quereis escucharme, si quereis seguirme, acaso será tiempo aun... acaso podreis evitar el golpe... Venid, vamos á ver al Gobernador: nuestras lágrimas le enternecerán!

Mar. Al Gobernador...! (*Da algunos pasos.*)

Colm. No: por este lado no! Vamos por aquí: yo sé donde está ahora el General.

Mar. Mas decidme, qué peligro corre mi padre...? Le han sentenciado?

Colm. Sí. (*Haciéndose violencia.*)

Mar. Y la sentencia... es...? hablad. (*Ruido de descarga. María lanza un grito horroroso y cae en brazos de Colmann.*)

Mig. Padre! Tambien la han asesinado!—No! no! Todavía respira... Vivirá... Sí, vivirá... en nuestra compañía... Siempre con nosotros!

Colm Sí... no ha muerto! Escucha; sin perder un momento, ántes de que recojan el cadáver, corre... él llevaba consigo una cruz bendita. Esa cruz es la reliquia de un Santo, y no debemos abandonarla en manos de los verdugos. Vé... corre, si es tiempo aun, recógela para depositarla en nuestra Iglesia!

Mig. Gran Dios! (*Cerca de la ventana.*) Qué veo! un hombre se apodera de la cruz de Andres... Sin que ninguno se lo impida... Ha echado á correr... y está léjos ya... Miserable! Yo le alcanzaré! (*Se va precipitadamente por el foro. Colmann dice en tono solemne, teniendo en sus brazos á María.*)

Colm. María Hofer, hija de un mártir! Desde hoy eres la hermana mayor de mi hijo Miguel. Mi vida será toda para vosotros dos... y aun, si fuese preciso elegir entre uno de vosotros... si pudiera suceder que me hallase en la alternativa de optar entre la salvacion de uno de los dos, siendo indispensable que el otro pereciese... entónces... lo juro cerca de los sangrientos restos de mi desventurado camarada...! Sí... yo lo juro, María Hofer... hija de un mártir...! Tú serás mi hija única!

CAE EL TELON.

*

ACTO SEGUNDO.

(1815)

Patio con árboles en la posada de Andres Hofer. Puerta rústica al foro. Encima de la puerta se lee la siguiente inscripcion: *Andres Hofer murió por la patria en 25 de Febrero de* 1810. Una escalera exterior á la izquierda. Á lo léjos pais montañoso del Tirol, en las cercanías de Meran. Mesa chica y una silla en el proscenio, á la derecha: otra silla á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ARNOLDO KELLER: BLUMFIELD *entra por el foro.*

Arn. Pero, Señor Blumfield, dejadme tranquilo un momento. San Andres Hofer, patron del Tirol, ex-propietario de esta posada, no estaba mejor guardado por los que le levantaron la tapa de los sesos, cinco años ha, que yo por vos. Me perseguis con mas empeño, con mas obstinacion que á su huérfana el jóven Miguel su amante. Estoy por creer que la policía austriaca no molesta tanto á los conspiradores de Lombardía, que se le han escapado de entre las manos. Por favor, dejadme respirar! (*Se sienta.*)

Blum. Respirad, Señor Conde, respirad: eso no me inquieta respecto de mi crédito.

Arn. Pero como quereis que respire, si estais continuamente encima? Siempre atravesado entre mí y la na-

turaleza! Os juro, Señor Blumfield, que vuestra figura no es de buen efecto en el paisage.

Blum. Señor Conde, mi perpetua presencia solo tiene por objeto vuestro servicio, vuestra defensa.

Arn. No dudo que os interesais mucho en mi favor. Mi vida vale para vos ochenta mil florines.

Blum. Que es todo cuanto podré recuperar de mi antiguo caudal, porque lo demas pereció en manos de uno que ha muerto despues de haber hecho bancarota. Vos, á lo ménos, todavía vivis. Por tanto, no quiero separarme de vuestra persona ni un segundo: es verdad que no traigo acuestas mis bienes, como aquel otro andrajoso filósofo de Grecia, pero los acompaño, los escolto; y no abandonaré mi puesto cerca de vos miéntras no me devolvais lo que teneis mio.

Arn. Lo que tengo vuestro! Os lo he tomado yo? Vos me lo habeis prestado á cuarenta por ciento.

Blum. Lo he prestado, corriente; pero no me lo habeis devuelto. Qué he ganado, pues?

Arn. Pero qué os inquieta, Señor Blumfield? Soy el único heredero de mi tio, muerto en estas montañas, y que me deja bienes inmensos.

Blum. De los cuales no habeis tomado posesion. Tampoco ignoro que vuestro tio, al morir, no estaba con vos en buena armonía, ni que á pesar vuestro, declaró válido un matrimonio contraido en su juventud, que no habia sido legitimado. Sé que ha reconocido un hijo de aquel matrimonio, habiendo fallecido la madre en el destierro á que le condenó el celoso furor del Conde Keller. Vos mismo atizásteis el fuego, ó, por mejor decir, lo encendísteis. Tampoco ignoro que teniendo vuestro tio por interesadas las insinuaciones que le hacíais respecto de su muger, queria dejárselo todo á su hijo; y, por

último, que fué á buscarlo, y que hizo (esto es de pública notoriedad) un testamento en favor del jóven Federico, en cuyo documento os desheredaba.

Arn. Sí; pero mi tio, al entregarse á la admiracion de un hermoso paisage, cayó con el que le guiaba en el fondo de un precipicio; y cayeron con él sus malas intenciones; y con él cayó ese testamento cuyas mandas no sirven ahora sino para los gamos y los ciervos.

Blum. No importa. Ya conoceis la sentencia del Tribunal de comercio de Glaris, en cuanto se supo la noticia del fallecimiento de Keller... Solo cuando consten de un modo legal la ilegitimidad ó la muerte del jóven Federico, sereis definitivamente dueño de los bienes de vuestro tio.

Arn. Pero aun suponiendo que Federico viva, lo que de ningun modo es probable, pues no ha contestado á las últimas cartas que se le dirigieron, ¿como probaría su legitimidad, cuando mi tio no la habia reconocido jurídicamente? Todos los títulos de Federico están en la cartera del difunto, y su cadáver no se encontrará con facilidad. Debeis tranquilizaros, por tanto, Señor Blumfield; os pagaré á cuarenta por ciento. Pero tambien tengo yo derecho de pediros intereses sobre el pago de los vuestros; y para ello reclamo un poco de soledad. Si persistis en favorecerme tan de continuo con vuestra conversacion, vamos á indisponernos; y pidiendo satisfaccion del acreedor, lograré obtenerla del crédito.

Blum. Y ¿fuera yo tan necio que me dejase matar, siendo ese el medio mas tonto de saldar nuestra cuenta? No, amigo mio; he tomado todas las precauciones imaginables contra la astucia de mi deudor; mis documentos están en buenas manos; y, por otra parte, no soy el único á quien habeis arruinado.

Muchos de mis compañeros... de imprudencia, os van siguiendo la pista: saben que estais detenido aquí para hacer constar la muerte de vuestro tio, y llegarán muy pronto á prestarme auxilio.

Arn. Muy pronto! (*Se levanta.*)

Blum. Ya veis, pues, que no nos conviene indisponernos... y al cabo ¿no soy yo vuestro mejor amigo? No tengo tanto interes como vos mismo en veros dueño de una riqueza sobre la cual no me quedaría el menor derecho, si pasase á poder de vuestro primo? Para asegurárosla me he dedicado á serviros, es decir, á robustecer vuestras esperanzas. Si ese Federico ha muerto, aprovechémonos de su muerte: si está vivo, procuremos hacerle lo ménos indiscreto que sea posible. Mirad, gracias á vos, no me ha quedado mas que el dia y la noche; si lograis enriqueceros, solo una gracia pido en cambio de las sumas que os he prestado; que me hagais vuestro mayordomo.

Arn. Vos! vos mi mayordomo! ah! Señor Blumfield, quereis imponerme la pena del talion!... Vuestro capital era solo de 80.000 florines, y el mio ascenderá á 600.000: vamos, no hablais en razon.

ESCENA II.

DICHOS. MARGARITA, *luego* TADEO.

Marg. Tadeo! (*Presentándose en lo alto de la escalera.*)

Tad. Señora!

Marg. Donde está mi marido?

Tad. Ha ido con unos viageros á los ventisqueros de Armstall.

Marg. Á su edad! y convaleciente aun! qué imprudencia! si se le va un pié...!

Tad. Toma! como no habia quien los guiase...

Marg. Pues y tú?

Tad. Yo... yo... El Señor Colmann no ha querido... porque... los ventisqueros me causan un efecto tan... mí cabeza quiere siempre ir delante de las piernas.

Marg. Y por qué no ha ido mi hijo en lugar de su padre? dónde está?

Tad. No lo sé.

Arn. Yo puedo decíroslo, querida huéspeda. (*Acercándose.*) He visto que la hermosa María se encaminaba al bosquecillo, y jurara que vuestro hijo debe de encontrarse allí. Creo que si la sombra de la interesante huérfana llegase á perderse, para dar con ella no habría mas que preguntar al bueno de Miguel. Está enamorado y zeloso, que estremece: la otra tarde se presentó María en la boda que se celebraba ahí cerca: Miguel no la perdia de vista; y si la curiosidad de algun bailarin se detenia algun tiempo en ella, sus ojos se encendian en cólera... Vamos, cuando veo amar de ese modo, me rejuvenezco y se refresca la memoria del tiempo de mis ilusiones... entónces no me acordaba de los males de la vida... (*Volviéndose á Blumfield.*) ni tampoco de los acreedores, Señor Blumfield.

Marg. Es posible? sería ese el secreto de aquel pesar concentrado, de aquel humor selvático, de aquel indómito carácter, hasta ahora inexplicables para mí? (*Á Arnoldo.*) Con que, creeis que ama á esa muchacha?

Arn. Creo lo que veo, señora huéspeda, salvos mejores ojos; y sino los casais pronto...

Marg. Oh! si fuera fácil... pero no hablemos de semejante cosa, porque en este momento tengo otra inquietud mas grave... Mi marido en Armstall! convaleciente!...

Arn. Sí, amiga; en esta tierra los paseos suelen ser mortales... nada hay en vuestras montañas tan peligroso como la admiracion... nada tan arriesgado como lo pintoresco; no existe sitio alguno que no haya dado lugar á un par de cuadros, y á tres ó cuatro desgracias. Vuestro mejor punto de vista fué el que me hizo vestir luto por mi tio. (*Aparte.*) Pero, calla; ya que paseando es fácil desnucarse... no habia caido en ello... (*Alto.*) ¿Quereis venir á pasearos conmigo, Señor Blumfield?... Irémos hacia los ventisqueros. —

Blum. Yo iré adonde vayais vos. (*Aparte.*) Pero donde haya asomo de peligro le dejaré ir delante.

Arn. Vamos, Señor Blumfield, pasad si gustais...

Blum. No, no; yo á retaguardia... á retaguardia.... (*Hácense algunos cumplimientos, cediendo el paso, y vanse.*)

ESCENA III.

MARGARITA, *sola.*

Y por qué no ha de casarse María con nuestro hijo? Cuando el gobierno la llamó á Viena, Colmann aseguraba que haría una gran boda; pero ya que ha vuelto á su tierra para siempre... Oh! Sí: El Sr. Keller tenia razon, es preciso que Miguel sea feliz; pues si solo el amor ha podido mudar á un alegre montañes en triste é iracundo solitario, la desesperacion podrá algun dia convertir al hombre honrado en un... Oh! No! Jamas!... Sin embargo, me acuerdo de que, siendo muy jóven, su amor era precoz en zelos y violencia... Sí; el hijo de nuestro vecino Wilem muestra aun la honda cicatriz del peligroso golpe que le dió Miguel en su infancia, por no sé qué pueril preferencia de María! La causa de

estos arrebatos nos era desconocida; mas ahora tod
me inquieta... Es forzoso que mi hijo sea feliz!... Hoy
mismo hablaré de esto á Guillelmo; pero no vuelv

ESCENA IV.

MIGUEL. MARGARITA.

Mig. (*Entrando por el foro.*) En el pequeño cenador que acabo de construir para ella, podrá entregarse á la lectura frente del punto de vista favorito, sin que le incomode el sol... Y para qué? No por eso será mayor su cariño... ni siquiera me pagará con una sonrisa...!

Marg. Ah! eres tú, Miguel! Al cabo pareces! Qué te has hecho toda la mañana?

Mig. Madre, he ido... estaba...

Marg. Estabas holgando sin duda; y en tanto se han presentado unos viageros que iban á Armstall... y tu padre se ha visto precisado á servirles de guia, á pesar de su mucha edad... estando aun convaleciente!

Mig. Mi padre! ah! teneis razon en reconvenirme! Pero no hay peligro ninguno en el camino que han tomado... si se hubiesen dirigido al Passeyer, entónces era otra cosa.

Marg. De todos modos no estoy tranquila.

Mig. Pues bien, voy á buscarlos, y le traeré á casa.

ESCENA V.

MIGUEL. COLMANN. MARGARITA.

Colm. No es necesario, aquí estoy ya.

Marg. Guillelmo! Ah! con cuanta zozobra nos tenias! Vienes sudando: siéntate y bebe un vaso de vino: Qué imprudencia!

Colm. Qué quieres, Margarita? Eran unos ingleses que traian mucha prisa... y trazas de emprender una partida de campo de cinco años. Se divertian á destajo por no sé qué apuesta, y no tenian tiempo para aguardar. No encontraban guia! Yo ignoraba donde estaría Miguel, y no pude en conciencia privar á unos extrangeros del gusto de ver nuestras montañas. Toma; vuestras son las guineas que me han dado; aumenta con ellas el patrimonio de mi hijo. (*Acércase á una mesa, enjúgase la frente, y bebe un vaso de vino que Tadeo ha traido.*)

Mig. Padre mio! Quereis hacerme aun mas culpable?

Marg. Y que son las guineas en cambio de la zozobra? Yo preferiría ser pobre, y estar tranquila. En tí es una locura el ir á sostener á los otros en los bordes de los precipicios, cuando tanto trabajo te cuesta sostenerte á tí mismo.

Mig. Madre mia, por favor...

Colm. No, no! Déjala hablar... ahora tiene razon; y si yo hubiese sabido que mis fuerzas estaban tan debilitadas, me habría negado á guiar á nadie. Un guia en nuestras montañas es un defensor en una guerra contra los elementos, es un piloto en una navegacion por tierra... No se le consiente derecho para tener la cabeza débil, ni los pies poco seguros... En él la torpeza es un crimen, y el vértigo una traicion; porque su vida pertenece á los viageros, y aun cuando perezca con ellos, como el pobre Hermann con el Conde Keller, ni entónces queda absuelto de la desgracia en que halló la muerte!... Pero, este dia es el último en que Guillelmo Colmann ha desempeñado su oficio de guia; hoy lo legá á su querido hijo, y él se contentará con recibir á los viageros en su posada. Miguel, tuyo no mas será en adelante este herrado baston que te enseñé á manejar en

nuestras correrías. Acuérdate de que todo viagero es un depósito vivo, inviolable, que Dios pondrá en tus manos... No olvides que tus ojos, tus pies, tus brazos serán del extrangero: que tu vida pertenece á su vida; y que la vigilancia y la proteccion del guia son la hospitalidad del camino.

Mig. Padre, Dios me dará fuerzas y habilidad, así como vos me habeis dado valor y honradez.

Colm. Cuando te haya dejado las utilidades de mis profesiones de guia y posadero, solo me faltará, para estar tranquilo acerca de tu felicidad, verte libre de ese humor triste y selvático, que hace tanto tiempo nos tiene en el mayor cuidado. Tan tenaz me parece tu pesadumbre que mas de una vez he temblado, pensando si habría en ella alguna mezcla de remordimiento!... (*Movimiento de Margarita y Miguel.*) Oh! no, no! Nunca lo he creido; pero habla y tranquiliza á tu padre á quien tienes en la mayor ansiedad. Te sientes por ventura aislado en la vida? Mi mayor placer sería que eligieses una compañera. Serás rico; tu figura es mas que regular, y puedes aspirar á una buena boda.

Mig. Y qué, padre mio, creeis... ?

Colm. Creo que Juana Stormer es el partido que te conviene, y no desespero de lograr su mano para tí. Vaya, nada respondes? No es una linda muchacha? Mira que ya ha rehusado algunos novios tan acomodados como tú.

Mig. Es verdad: pero nunca me casaré con ella.

Colm. Como! Desprecias esa jóven tan agraciada, hija de un landamman...? Mal gusto tienes. — Cual puede ser la causa de tan desdeñosa negativa?

Mig. No me la pregunteis, no puedo revelarla.

Marg. Y por qué no, Miguel? acaso tienes motivo de desesperar ?...

Mig. Sabeis por ventura... ?

Colm. Que hay, pues ? esplicaos.

Mig. Madre mia, os suplico...

Marg. No, no : quiero hablar. —Quien se ha de opóner á que Miguel se case con María ?

Colm. María? La hija de Andres Hofer? (*Levantándose.*)

Marg. Sí : la hija de tu camarada, de tu amigo.

Colm. La hija del mártir, del *Santo* del Tirol. La amas, Miguel ?

Mig. Si la amo ! Ah ! Yo queria ocultaros mi amor; pero ya que á mi pesar se ha descubierto el secreto, sabedlo todo. Era la compañera de mi infancia, ya lo sabeis : tanto la amaba, que yo no podia comprender toda la fuerza de su cariño ! Ver á María, vivir á su lado, era un hábito tan natural en mi existencia, que yo ignoraba pudiese trocarse en una terrible necesidad. Nadie conoce el precio del aire que está respirando sin obstáculo ; pero cuando ella se separó de nosotros, comprendí que se llevaba consigo mi patria, mi felicidad, mi vida ! Yo me ahogaba en estas campiñas donde ella no estaba ya ! Me creia ciego delante de ese sol que ya no resplandecia para mí !... Me sentía morir lentamente, desterrado léjos de ella en mi pais nativo ! Y al volver...! Ah ! cuando la vimos á nuestro lado... no os diré lo que me sucedió ! Mis ojos se abrieron de nuevo, dilatóse mi pecho... me pareció que recobraba la existencia... que hallaba mi patria, mi felicidad ! Y luego de repente conocí que no me queria, que nos separaba un abismo de hielo. Todas las penalidades del destierro, todos los dolores de la ausencia volvieron á apoderarse de mí... Y si no me da siquiera una leve esperanza, pronto, padre mio, os lo aseguro, pronto tendreis que llorar á vuestro hijo.

Colm. Desdichado ! Que estás diciendo !... Ese enlace es

imposible. Tú ignoras lo que es la hija de Andres Hofer! Mas te valdría amar á la heredera de un gran Señor! La veneracion de todo el Tirol está concentrada en ella, y le manda contraer un matrimonio digno de su nombre. Y tú, quien eres? Qué has hecho para alcanzar tan sublime honor? Qué gloriosa hazaña, qué mérito sobresaliente podrian justificar tus pretensiones? Por otra parte, yo prometí á Andres que la eleccion de su hija sería libre... y María no puede amarte. María, durante su permanencia en Viena, ha pasado á una clase superior; no nos pertenece ya sino por su amistad... por su amistad solamente... y su corazon no ha de elegir un aldeano como tú que en toda su vida no pasará de posadero y guia de las montañas. Acuérdate de que el Emperador le ha enviado cartas de nobleza, le ha dado educacion de gran Señora, y ha querido casarla con un empleado en palacio. Sí, ese mismo gobierno que vendió á su padre! Esa es la tardía gratitud de los poderosos! Levantan una columna al muerto, y apénas tienen un hospital para el moribundo!

Mig. Qué decis?... María muger de otro! Ah! el que intentara robármela, fuese quien fuese... lo juro por mi amor, si lo lograba, tendría que darme algo en cambio de ella!

Colm. Y qué?

Mig. Su vida...!

Colm. Desgraciado! Con qué derecho?...

Marg. Pero quien te dice que María no le amará?... su corazon salió libre de Viena, pues ha consentido en volver aquí. Si solo es amistad lo que siente por Miguel, á ningun otro jóven la muestra tan ardiente.

Colm. Y aun cuando le amase, yo no sé si debería verificarse este matrimonio. María es ahora rica. Que-

reis que digan que he abusado del influjo que me dan mi edad, el recuerdo de la amistad de su padre y nuestra vida comun, para proporcionar á mi familia el honor y la ventaja de semejante enlace?

Marg. Y bastarian esas razones para hacerte vacilar cuando se trata de la vida de tu hijo? Quien te impide que á lo ménos intentes?...

Colm. Hacer lo que no debo!

Mig. Bien. Ya que María no puede ser mi esposa, no aguardaré á que me la roben. Prefiero morir ántes...! Hoy mismo voy á engancharme en uno de los regimientos que el Emperador de Austria levanta en el Tirol. Creedme, padre mio, evitad el dolor de tener que buscar á vuestro hijo entre los que vuelvan. (*Va á marchar.*)

Colm. Miguel!... Miguel!... sosiégate...

Marg. Y cuando tal vez con una palabra podrias labrar la felicidad de este pobre muchacho, no probarás siquiera á pronunciarla? Ah! Guillelmo! Guillelmo! Á quien amas, pues, si no amas á tu familia?

Colm. Que no os amo! Yo! toda mi vida está aqui para responder.

Marg. Pues bien, habla á su favor. Mira: estoy viendo á María que baja de la colina con un libro en la mano... es preciso que le preguntes al momento...

Colm. Ahora mismo?...

Mig. Ah! sí: la incertidumbre es muy horrible!

Colm. Voy á hacer lo que pedis. Nada tendré que echarme en cara, si nada consigo. Si alcanzo algo, no podré decir otro tanto, pero la felicidad de los dos me absolverá.

Marg. Yo no desconfio como tú. Ven, Miguel: dejemos á tu padre con María.

Mig. Ah! padre mio! conseguid solo una esperanza,

y os deberé dos veces la vida... (*Entra en la casa con Margarita.*)

ESCENA VI.

MARÍA. GUILLELMO COLMANN.

Colm. Qué voy á decirle? Como entablar la conversacion?

Mar. (*Con trage tiroles, de luto, sencillo pero elegante.*) Ah! Sois vos, honrado Colmann? Qué buen paseo acabo de dar! Cuanto mas vale nuestro risueño pais que la capital donde me tenia encerrada la benevolencia del Emperador! Como prefiero este sencillo trage á las galas con que me ataviaban en Viena!... Me hallo en mi centro! Ayer solo echaba ménos un poco de sombra, al admirar mi sitio favorito... y hoy, sin saber como, parece que las ramas de nuestros árboles se inclinaban para darmela. (*Deja su libro.*)

Colm. Con que estais decidida á pasar vuestra vida con nosotros?

Mar. Mi vida... mi vida no será mas que un triste y largo recuerdo!

Colm. No puedo deciros, María, cuanto me complace saber que nunca nos abandonareis; no por mí, que sin duda no gozaré ya mucho tiempo de la satisfaccion de veros, sino por otro cuya vida pende de la vuestra, como la mia de la suya.

Mar. De quien hablais?

Colm. De mi hijo Miguel que os ama.

Mar. Que me ama?

Colm. Oh! sin esperanza, María, sin esperanza!... Bien sabe que no puede pretenderos, yo mismo se lo he dicho; pero, desde su infancia, vos sois su único pensamiento. El amor que os tiene ha mudado su carácter... ha abatido su corazon... qué quereis? No

se puede renunciar en un momento á aquello que nos ha hecho vivir. Pero si lo exigis... con el tiempo... es tan grande el imperio que ejerceis en su álma... se resignará... y con tal que no nos abandoneis... con tal que os vea continuamente... esto le curará... es un medio infalible! Dios mio! Dios mio! No sé ya lo que me digo.

Mar. Miguel me ama! Yo creia equivocarme: no esperaba ser causa del menor pesar para aquel corazon cuyas pasiones son tan vehementes. Si he de hablaros con franqueza, honrado Guillelmo, no deseo casarme; y ya me habia familiarizado con la idea de no ver toda mi vida en Miguel sino un hermano.

Colm. Yo debería llamarme feliz con solo lo que acabais de decir; pero estos enamorados son tan exigentes! Ah! si puedo confiar que algun dia os interesará su pasion... si pudiese agregar á su herencia todas las virtudes que vos poseeis, toda la felicidad que le aseguraría vuestra mano... entónces, Margarita y yo besaríamos vuestros pies, os adorariamos como á un ángel tutelar... que despues lo seria tambien de nuestro hijo...

Mar. (*Aparte.*) Pobre Colmann!... Ya que una leve esperanza puede hacerle feliz, por qué negarsela? (*Alto.*) Pues bien: no doy aun respuesta á la para mi honrosa peticion de mi mano; pero lo pensaré... y no digo que mas adelante...

Colm. De veras! Os dignais concederle alguna esperanza?

Mar. Oh! aguardad!... yo no sé que destino me reserva el cielo; mas hasta el dia, si llega, en que yo diga á Miguel "Soy vuestra esposa"... os pediré por vuestro honor la conservacion y la defensa de mi libertad.

Colm. María, ese juramento que reclamais, ya se lo hice á vuestro padre, y por lo mismo es todavía mas sagrado; pero, no; no se desvanecerá la esperanza que acabais de darme. Miguel es tan bueno,

3

tan leal, tan valiente... y luego es un gallardo mozo, será rico, y sobre todo, no cabría mejor eleccion Corro á decírselo! Cuan feliz va á ser! Pues ¿y Margarita? Ah! Pobre Margarita! Sí: sois un ángel! La hija de nuestro heroe no puede dejar de ser nuestra bienhechora! No sé contener mi alegría! Las lágrimas me ahogan! Solo pido á Dios una gracia... que me deje vivir lo necesario para veros dichosa con Miguel! (*Entra precipitadamente en la casa.*)

ESCENA VII.

MARÍA, *despues* FEDERICO.

Mar. Pobrecillo! Su alegría me complace, y al mismo tiempo me da miedo; tal vez he hecho mal en pronunciar esas palabras que pueden tomarse por una promesa. Miguel es un escelente muchacho; pero acaso no está en la clase de aquellos entre los cuales quisiera yo elegir mi esposo... si el culto de la memoria de mi padre no debiese ser ahora el único afecto de mi vida.

Fede. No hay nadie. (*En la puerta del foro y como registrando.*) Quien podrá decirme si estoy en la posada de Andres Hofer?

Mar. Aquí es, caballero.

Fede. (*Aparte.*) Qué muger es está?... Á juzgar por su sencillo trage parece la hija del posadero. Sin embargo, su fisonomía es noble... Y por qué la inocencia y la probidad no han de tener tambien su nobleza? (*Alto.*) Con que esta es la posada que administra Guillelmo Colmann?

Mar. La misma.

Fede. (*Aparte.*) Le encargaré mi comision para la hi

de Andres, que, segun dicen, está en Viena y podré volverme al momento á Glaris donde se halla mi padre. (*Alto.*) Sabeis, niña, donde encontraré caballos?

Mar. No puedo daros razon, caballero; pero voy á avisar vuestra llegada al Señor Colmann. (*Vuelve á tomar el libro.*)

Fede. (*Aparte.*) Ola! Leen en esta tierra las mozas de posada! (*Alto.*) Permitidme que vea, linda niña... (*Le toma el libro.*) Schiller! *Guillelmo Tell*!... Como! leeis á Schiller!... De quien es este libro?

Mar. Mio.

Fede. Qué veo! en la primera página... "*Los estudiantes de la Universidad de Viena... homenage de profundo respeto á la hija de Andres Hofer el mártir del Tirol..*" Qué! Seriais?... sois?...

Mar. La hija de Andres Hofer... Qué tiene de particular? Que vista luto con el trage de mi pais?

Fede. Vos!... Ah!... Perdonad mi llaneza... (*Descubriéndose.*) Hija de aquel mártir cuyo compañero de infortunio he sido, cuyas últimas palabras y deseos recogí en un calabozo... perdonadme! (*De rodillas.*)

Mar. Levantaos! Levantaos! Como! Vos, caballero? Es posible? Venis á hablarme de mi padre! Cual es vuestro nombre? Qué teneis que decirme?

Fede. Existe un objeto cuya sola vista os esplicará mi encargo para vos... Sin duda os habrán hablado de una cruz bendita, que vuestro padre llevaba consigo...

Mar. Sí; una cruz bendita, que le favoreció en sus victorias, que no le abandonó en sus desgracias; una reliquia que todo este pais reclama, y que mis lágrimas han aguardado mucho tiempo!... Sabeis vos donde está, caballero?

Fede. Vedla aqui! Yo arranqué del pecho de la victi-

ma esta cruz ensangrentada y casi deshecha por las balas.

Mar. Esta cruz!... estaba sobre el corazon de mi padre, cuando dejó de latir por mí!... Ah! Venga ahora al mio!... Ella guarda el último suspiro de un padre adorado: ella me repite sus postreras bendiciones. Oh! reliquia sagrada del mártir que vela por su hija, descúbreme siempre su voluntad, sé mi consuelo, mi guia, mi amparo!... Pero vos quien sois? á quien debo toda mi gratitud?

Fede. Alguien viene... este parage no es seguro... despues os lo diré todo. (*Se aparta á un lado.*)

ESCENA VIII.

FEDERICO, *en el fondo:* MARÍA. MIGUEL. MARGARITA, *que bajan de la casa; despues* TADEO, ARNOLDO Y BLUMFIELD.

Mig. María, Señorita María, será verdad? me permitireis esperar? Es demasiada fortuna!

Mar. Oh! sí!... Es verdad, buen Miguel; pero tal vez he perjudicado á nuestro comun interes... he reflexionado y veo que mi intencion es la de no casarme nunca. Por tanto, Miguel, no mireis en mí sino una hermana que os estima mucho, que permanecerá siempre á vuestro lado; pero nada mas que una hermana, os lo repito; esta es mi intencion irrevocable! (*Aparte.*) Y sin duda la voluntad de mi padre!

Mig. Su intencion irrevocable! Será cierto!...

Marg. Tranquilízate!... con el tiempo la convenceremos. (*María se va por la derecha saludando á Federico.*)

Fede. (*A Tadeo que ha salido de la casa.*) Un cuarto: me quedo aquí.

Tad. Vuestro nombre, caballero?

Fede. Pablo Lorenti.

Arn. (*Que entra con Blumfield.*) No he podido desnucar á mi ambulante remordimiento. Calla! Quien es ese jóven? (*Mira con grande atencion á Federico que da su maleta al mozo y sube despues seguido de Margarita y Tadeo.*)

Mig. Donde he visto yo á este viagero?... No me acuerdo... pero creo que fué en una circunstancia fatal!— Y María que hace un instante me habia permitido esperar! — Y ahora!... (*Mira á Federico con desconfianza.*) Es cosa singular!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Aposento bajo en la posada. Puerta en el fondo. Otras laterales. Mesa á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, *sentada.* FEDERICO, *en pie junto á ella.*

Fede. Ya que deseais saber la historia de mi vida, breve será la relacion. El dolor no suele hablar mucho tiempo, sino dentro del corazon que lo sufre.

Mar. Ya os escucho, caballero: por desgracia estoy en el caso de comprenderos.

Fede. (*Se sienta.*) Mi madre era italiana, y se llamaba Julia Martelli. Aunque pobre, fué amada por un suizo noble y rico, que se casó con ella. Temiendo éste irritar á su familia, tuvo secreto su matrimonio; precaucion fatal á la reputacion de mi madre. Para colmo de desgracia los registros del padron general perecieron en un incendio en Glàris, quince años ha, como sin duda sabreis. — Los únicos documentos de mi madre quedaron en poder de su marido que los habia tenido ocultos. Un pariente, un monstruo inspiró á mi padre sospechas acerca del honor de su esposa. Inventó pruebas, sobornó criados y escitó hasta tal grado el crédulo furor de mi padre, que este se apartó para siempre de la Condesa, dejándole una mezquina pension, y negándole el título de esposa. Arrojada ignominiosamente mi ma-

dre de la casa de su marido, huyó sola, á pié, fuéra de sí, moribunda; pero sin que le faltase fuerza para alejarse del teatro de su deshonra. Prometió no pedir jamas socorro á la mano que tan acerbamente le habia herido, y cumplió su palabra, aun al conocer que iba á ser madre. — Prefirió partir conmigo sus débiles recursos, y no quiso exponerme, implorando el favor de mi padre, al oprobio de no ser reconocido. En ella se cifraba toda mi familia; pero cuanto hizo por mí! En el invierno se despojaba de sus vestidos para cubrir la desnudez de su hijo: se privaba de su alimento para que á mí no me faltase; y cuando mi edad exigió una educacion digna de la clase á que mas tarde podia volver, su cariño se sobrepujó todavía en industriosa crueldad para consigo misma... en inagotable beneficencia para mí! El trabajo de sus veladas pagaba mis progresos en el saber humano, conservándome en la categoría de noble. La infeliz se aprovechaba de mi sueño para continuar furtivamente una tarea superior á sus fuerzas... Conocí que me estaba engañando; pero ya era tarde. — Ya habia en su físico un gérmen de destruccion; y mi pobre compañera, mi único amparo, mi noble y generosa madre... murió víctima de su ternura! Murió temerosa de mi suerte, (*En voz alterada.*) y sin mirar mas que mi viage en la tierra, cuando el suyo iba á acabar en el cielo! Ah! perdonad las lágrimas que esta memoria arranca de mis ojos.

Mar. Las mias no han aguardado á que las vuestras se muestren.

Fede: Oh! El calumniador que tan lentamente la atormentó hasta hacerla morir... ese... lo juro!... Su suplicio no durará tanto tal vez, pero no será ménos cierto! En el cáliz de amargura que ha hecho

beber á mi madre quedan todavía las heces que yo convertiré en veneno para él!... Jamas he tocado una arma sin pensar en ese hombre!... Bendito el cielo que me permite confiar en una venganza completa; porque el traidor está ya desenmascarado! Mi padre me ha escrito, participándome lleno de desesperacion la muerte de su esposa, cuya inocencia habia reconocido al fin! Me aguarda para volverme su amor.... Los títulos que consagran mis derechos como hijo legítimo están aun en su poder. En sus brazos recobraré un nombre para grabarlo en la tumba de mi madre, y sus bienes arrancados á ese miserable que espera el testamento de un tio para que repare sus disipaciones. Sin embargo, estoy inquieto con respecto á mi padre! La carta que mi amigo recibió á mi nombre no pudo llegar á mis manos sino seis meses despues de escrita.

Mar. Y quién os estorbó recibirla mas pronto?

Fede. Hallábame entónces en las cárceles de Milan, y mi padre lo ignoraba. Sí: ese es hoy mi secreto; apenas me ví fuera de la fortaleza de Mantua, donde conocí á Andres, me comprometí con algunos generosos milaneses que intentaban oponerse á que la fuerza de las bayonetas convirtiése la hermosa Italia en puesto avanzado de la Alemania. Arrestáronme con motivo de cierto motin. Felizmente pude evadirme; pero en el camino, poco ántes de llegar aquí, supe que habia sido condenado á muerte en rebeldía.

Mar. Qué decís! Un tribunal austriaco os ha condenado á muerte! Entónces no teneis otro refugio que vuestra patria, que solo dista pocas leguas! Y despues de tanto tiempo permaneceis sin zozobra en el Tirol, en una provincia del Austria! Aquí, á dos pasos de una fortaleza ocupada por sus soldados!

Fede. Es verdad.

Mar. Y no os marchais al momento?

Fede. No puedo!

Mar. Pero de qué proviene tal esceso de imprudencia, ó mas bien de locura?

Fede. De qué? Ya es forzoso decirlo! Existe un poder mas fuerte que yo, que me liga á este pais, á esta comarca, á esta casa!... Existe aquí un ser que se ha hecho árbitro de mi vida, objeto único de mis esperanzas, móvil exclusivo de mis acciones... Y ese sois vos.

Mar. Yo!

Fede. Sí, María; desde que estoy á vuestro lado he perdido la memoria de mi patria, y creo que me he olvidado hasta de mi madre!... Absorto, perdido, fascinado, vivo solo con veros, con seguiros, con aguardaros: os amo de tal modo que no sé en qué region estoy, ni qué hombres me rodean!... No conozco mas que á María, á vos sola! No quiero la vida, si no me dais la vuestra; no quiero ni el nombre ni las riquezas de mi padre, si no habeis de gozarlas conmigo!

Mar. Gozarlas! Gozarlas! Aun cuando os amase, estoy ligada á mi pais con vínculos de gratitud, por los deberes de mi nombre!... Si mi padre viviese...

Fede. Vuestro padre! Ah! Su instinto secreto é involuntario nos destinaba el uno para el otro, pues Dios le inspiró la idea de confiarme aquella cruz que debia reunirnos aquí! Yo me acojo al poder de ese sagrado talisman, pues me ha conducido á vuestros pies por entre tantos peligros!... Esa cruz consagra nuestra union, no es cierto?

Mar. Esa cruz!... Sí; forzoso es que tenga mucho poder pues de tal modo ha trocado mi corazon en tan poco tiempo! Y ya que me lo recordais, caballero,

tomadla otra vez: la necesitais mas que yo. Os presto esta salvaguardia contra todos los peligros que os amenazàn.

Fede. Oh! Gracias, mil gracias, María; pero ahora mas que nunca me es imposible separarme de vos! Pocas leguas nos separan de la Suiza. Si quisiérais andarlas conmigo! allí hay seguridad, dicha, riqueza...

Mar. No, no puedo!

Fede. Pues bien; entónces me quedo, aguardo las balas austriacas, que mi fuga debe llamar sobre mi cabeza. No la pondré en salvo: no me apartaré de aquí, hasta que me hayais prometido ser la esposa del Conde Federico Keller.

Mar. Cómo! Federico Keller es vuestro nombre?

Fede. Sí: el nombre que hasta el dia de hoy he llevado siempre con la cabeza erguida, aunque me lo disputaban; el nombre con el cual me ha proscrito el Austria!

Mar. Keller... y no se llamaba vuestro padre el Conde Cristóbal Keller?

Fede. Sí: Cómo lo sabeis? Perdeis el color! Temblais?

Mar. (*Aparte.*) Dios mio! Y es forzoso decírselo!...

Fede. Acabad!

Mar. No habeis oido contar?...

Fede. Hablad, hablad! Esta incertidumbre es horrible!

Mar. Pues bien... hace dos meses...

Fede. Dos meses?...

Mar. Vuestro padre cayó con su guia en los abismos del Passeyer!

Fede. Infeliz!

Mar. Llevaba consigo una cartera que apreciaba mucho, y que contenia ciertos papeles.

Fede. Mis títulos y los de mi madre! Ah! todo se habrá perdido!...

Mar. Y hay aquí tambien un pariente de vuestro padre que pretende acreditar su muerte. Es un hombre que esquiva la persecucion de sus acreedores bajo nombre supuesto... pero Guillelmo Colmann me ha dicho que se llama *Arnoldo Keller.*

Fede. (*Furioso.*) Arnoldo Keller! El que asesinó con sus calumnias á mi madre! Está aquí! aquí!... Sería acaso ese viagero que he visto alguna vez? De qué me sirve el odio que le profeso, si no ha sabido revelarme su nombre? Mi amor me ha puesto una venda en los ojos, y se ha apoderado hasta de mi entendimiento!... Está aquí! Está aquí el miserable! Como va á gozarse en la muerte de mi padre, que nos deja deshonrados... que le entrega todos nuestros bienes! Pero no los disfrutará impunemente: no! Ahora que ya sé cómo se llama... (*Quiere marcharse.*)

Mar. Esperad, deteneos!... Si le descubrís quien sois, os perdeis. Vuestro nombre está en el catálogo de los proscritos... y en un desafío con vos, el cobarde que calumnió á vuestra madre llamará en su auxilio á los espías del Austria. No me opongo á vuestra venganza, pero satisfacedla en otra parte!

Fede. No importa: puesto que se pierde á un tiempo el honor de mi madre, el mio, mis bienes y el amor, que tambien me rehusais, quédeme al ménos un consuelo pronto. No quiero esperar á mas tarde! (*Va á irse.*)

Mar. Deteneos! No: no os perdereis!

Fede. Y qué haré yo de hoy mas sobre la tierra?

Mar. No: yo no consentiré que os perdais!

Fede. María!

Mar. Federico... por Dios... no salgais de aquí. Todavía no es absolutamente positiva vuestra desgracia! Mi memoria me engaña tal vez. Sí... creo que me engaña!... Colmann viene hacia aquí: le rogaré que nos repita la narracion de este acontecimiento.

Fede. Dios mio! Volvedme el honor de mi madre!
Mar. (*Aparte.*) Pobre Colmann! No, yo no podré abandonarle nunca!

ESCENA II.

FEDERICO KELLER. GUILLELMO COLMANN *y á poco* ARNOLDO.

Mar. Mi buen Guillelmo! Llegais á tiempo! Venid... ayudadme á disuadir al Señor Lorenti de una resolucion temeraria. Quiere, por curiosidad, ántes de volver á su pais, subir á la cumbre del Passeyer. Yo le digo que es imposible, y no me cree. Referidle lo que pasó con aquel noble Suizo que pagó tan cara la misma curiosidad! No fué el Conde Keller?
Colm. Oh! Es una historia lastimosa! El capricho de un momento cubrió de luto á una familia entera. Keller se llamaba en efecto. Un Suizo, que atravesó el Tirol, si no me acuerdo mal, en busca de un hijo suyo, cuya suerte le tenia inquieto.
Fede. (*Aparte.*) Es verdad!
Colm. Quiso subir al Passeyer, para gozar del magnífico punto de vista que se descubre desde la cima, y no se arredró en su empresa, no obstante el nuevo peligro que presentaba en el camino un reciente desgaje de parte de la montaña. Un pobre labrador, cuya cosecha habia perecido en una granizada horrorosa, consintió en servirle de guia, por cierta pequeña retribucion con la cual creia salir de miseria! Todos nos habíamos negado á acompañar al viagero! El éxito de la tentativa no justificó al pronto nuestros temores. El Conde y Hermann, su conductor volvieron de la espedicion sanos y salvos, aunque no sin haberse hallado en grandes apuros; pero recordó el Conde haber dejado al pié de una frondos

colina, á la mitad de la subida, una cartera, que contenia papeles de la mayor importancia para su hijo y su muger. (*Se presenta en el fondo Arnoldo y escucha cruzado de brazos.*)

Fede. (*Con impaciencia.*) Y despues?

Colm. Ofreció al guia doble recompensa si consentia en que fuesen á buscar aquellos papeles, cuyo hallazgo no era dificil, porque recordaban perfectamente el parage, que por otra parte ofrecia toda seguridad. Hermann se negó esta vez; habia conocido todos los riesgos del camino, y tenia á milagro haber salido sin lesion en la primera tentativa. *Entónces yo iré solo*, dijo Keller. "Si tal es vuestra determinacion, contestó Hermann, no consentiré que se diga que un guia tirolés ha abandonado á su viagero. Pero ántes de nuestra partida, aseguradme por escrito una pension de quinientos florines para mi muger, en el caso de que sucumbamos."

Fede. Y bien?

Colm. Nada: María sabe lo que sucedió. La pobre Ketty goza desde aquel dia una pension de quinientos florines! Ambos á dos sin haber perdido de vista la llanura, pasando por encima del tronco de un árbol que facilitaba la comunicacion entre dos rocas, y que era el primero de los innumerables pasos peligrosos, cayeron en un profundo precipicio.

Fede. Y la cartera estará todavía en el monte!

Mar. (*Bajo á Federico.*) Callad: Arnoldo nos escucha.

Fede. (*Furioso.*) Arnoldo Keller!

Mar. (*Bajo.*) Me habeis prometido tener prudencia!

Arn. Este hombre se interesa singularmente en la narracion!

Fede. (*Afectando indiferencia.*) Y no sería posible disfrutar de la vista que ofrecen las cumbres de esa montaña?

Colm. Fuera una locura intentarlo! Ninguno se comprometeria á ir con vos!

Fede. (*Aparte.*) Sin embargo, forzoso será que yo encuentre un conductor.

Mar. Que hablará entre sí?

Arn. (*Acercándose.*) Y que tal la esposa, Señor Colmann?

Colm. Está bastante mortificada, y muy débil.

Arn. (*Aparte.*) Cuanto mas miro á este jóven mas me parece reconocer en sus facciones... mis sospechas se confirman!...

Fede. (*Bajo á María.*) El asesino de mi madre está aquí... y yo me contengo!

Mar. (*Idem.*) Silencio, por Dios!

Fede. (*Idem.*) Contenerme delante de él! No: prefiero marcharme!

Mar. (*Idem.*) Y abandonareis este pais?

Fede. (*Idem y se va.*) Sin vos, no!

ESCENA III.

MARÍA. GUILLELMO COLMANN. BLUMFIELD. ARNOLDO KELLER.

Mar. (*Aparte.*) Cielos! Se determinará á subir á la montaña, para encontrar la muerte, como otros, en un precipicio!

Blum. (*Con una carta en la mano.*) Tomad, Señor Colmann. Esta carta es para vos y acaba de llegar. Trae el sello de la policía austriaca. (*Se la da.*) (*Aparte á Arnoldo.*) Los acreedores han descubierto vuestro escondite, y hoy estarán aquí. Vienen decididos á recurrir á la violencia, si no les dais garantías positivas.

Arn. Alerta, Señor Blumfield! tengo motivos muy

fundados para creer que anda por estos alrededores nuestro enemigo!

Blum. Quién?

Arn. El jóven Federico Keller! Sin embargó, es preciso asegurarnos bien.

Blum. Y cómo?...

Arn. Buscad vos un arbitrio. Aun es mas enemigo vuestro que mio. El hijo del jardinero, Peters, ese es el que sirve á nuestro hombre. Con una moneda de oro nos servirá á nosotros! (*Se retiran por el foro, siguiendo su conversacion.*)

ESCENA IV.

MARÍA. COLMANN.

Colm. (*Despues de leer la carta.*) Qué iniquidad! Hubiérais podido imaginar, María, lo que me manda el Comisario austriaco? Que busque y entregue un proscrito!

Mar. Un proscrito!

Colm. Leed vos misma. Ved lo que se exige del amigo de vuestro padre, el noble Andres! Aquí teneis la carta.

Mar. (*Lee.*) "Servios examinar con el mayor cuidado »á todos los viageros que se presenten en vuestra »posada. Adjuntos son el nombre y las señas de un »fugitivo que ha sido condenado á muerte en re»beldía." (*Se interrumpe; echa rápidamente una ojeada sobre el señalamiento y dice aparte:*) Dios mio! Es él! No hay que perder un momento!

Colm. Continuad.

Mar «Os encargo muy particularmente que deis co»nocimiento de estas señas en vuestro canton, don-

»de se cree que se ha refugiado; desde esta noche le »perseguirán en él nuestros destacamentos."

Colm. Ah, Señor Comisario! Sabeis lo que dice á todo esto Guillelmo Colmann? (*Rasga los papeles.*) Que venga cuando guste el fugitivo viagero: seguro puede estar de que yo le conozca, ni por su nombre ni por su cara!

Mar. Bien hecho! Bien hecho, Señor Colmann!

Colm. Voy á contestar ahora al Comisario, que la posada de Andres Hofer no es camino para ninguna prision austriaca; y que si quiere auxiliares para la policía, no tiene que buscarlos entre los hospitalarios tiroleses. (*Se va.*)

ESCENA V.

MARÍA, *y despues* MIGUEL.

Mar. Dios mio! Salvadlo! Es necesario que se vaya hoy mismo y no quiere marcharse sin mí! Quisiera verle otra vez. Donde le encontraré ahora? Si, á lo ménos, pudiera avisarle! Peters debe saber donde está. (*Se presenta Miguel.*)

Mig. María! Es ella!

Mar. Miguel!

Mig. Mucho tiempo hacia ya que no nos veíamos!

Mar. Desde ayer, nada mas.

Mig. Desde ayer nada mas! Y no os parece mucho tiempo! No sabeis que vuestra ausencia es mi muerte?

Mar. Mi ausencia? Qué decís? Pobre Miguel! Contad en todo caso con mi estimacion, con mi amistad.

Mig. Ah! Cuan amable sois!

Mar. Pero es preciso que os deje. Estoy mala!

Mig. Estais mala?

Mar. Sí; mas no os dé cuidado. Hasta despues, Miguel. Hasta despues!

ESCENA VI.

MIGUEL, *solo.*

Mig. Este tono de amabilidad!... Sí: algun dia consentirá; pero mi padre dice que no soy digno!... Y por otro lado, sin presentarse una ocasion en que distinguirme, una ocasion que me diese á sus ojos algun merecimiento! El pais está en paz, y no hay ni siquiera la probabilidad de un peligro de que yo pudiese salvarla! El estrangero... habla mucho con ella! Le ha traido noticias de su padre, segun me ha dicho! Y de él será de quien hablen... Sin embargo, yo quisiera que se marchase de aquí, por instantes... ah! Este dia llegará pronto!

ESCENA VII.

FEDERICO. MIGUEL.

Fede. (*Entra por el foro hablando entre sí.*) Es en vano! Ninguno quiere servirme de guia. Qué harémos, pues? Cuando el honor de mi querida madre, la felicidad de mi vida están tal vez á dos pasos de mí... no puedo!... Este es el hijo del posadero. Tambien, segun he oido decir, acompaña á los viageros. Es jóven... se parece á su padre, y no debe de ser cobarde. Ademas no tengo donde elegir. Veamos. (*Alto.*) Podríais hacerme un servicio muy grande, buen amigo. —

Mig. Un servicio muy grande?

Fede. Que no deja de ofreceros algun peligro, pero á vuestra edad, y llamándoos Colmann, poco importa eso. Pongo mi vida en vuestras manos.

Mig. Y qué quereis?

Fede. Una cartera, que contiene papeles de interes vital para mí, fué olvidada por un viagero en el Passeyer, á la mitad de la subida. Si quereis guiarme, todo lo que me queda... estos doscientos florines son para vos.

Mig. No quiero que compreis la muerte con vuestro dinero. Ni acepto los florines, ni la comision.

Fede. Con que se acabó toda esperanza para mí! Si yo pudiera ir solo... pero no! Me han dicho que sería buscar una muerte cierta, sin esperanza de conseguir el designio. Y cuando ya no hay nada que se oponga á mi regreso á la felicidad que puedo gozar en mi patria... nada mas que estos documentos!...

Mig. Cómo? No esperais para emprender vuestro viage otra cosa que el hallazgo de la cartera?

Fede. Si la encontrara, me pondria al instante en camino! (*Aparte.*) Tranquila ya sobre su porvenir, la determinaría á que me siguiese!

Mig. Me parece recordar que hay una senda mas segura que la frecuentada hasta ahora, y acaso...

Fede. Amigo mio, vuestra decision en mi favor, ademas de aseguraros por mi parte un reconocimiento sin límites, os daría gran crédito en el pais. Solamente el jóven Miguel Colmann, se diría entónces, osó intentar con denuedo sin ejemplo una empresa gloriosa, delante de la cual habia cedido el valor de los guias mas diestros y valientes, sin que nadie se atreviese á prueba tan difícil!

Mig. Está resuelto! Yo soy el hombre que buscais. Cuándo quereis que partamos?

Fede. De aqui á una hora. (*Arnoldo vuelve á presentarse por un lado con una carta.*)

Mig. De aquí á una hora; está bien.

Fede. Que nadie sepa que vamos juntos al Passeyer! No

quiero que vuestros parientes se alarmen, ni... ni ninguna otra persona. Cuento con vuestra discrecion!

Mig. Está entendido.

Fede. De aquí á una hora! (*Al retirarse dice aparte.*) Ah madre mia! ah María!

ESCENA VIII.

MIGUEL. ARNOLDO.

Arn. Esta carta interceptada por Blumfield en manos de Peters...

Mig. Seguramente: (*Para sí.*) despues de semejante prueba de valor, ya no podrán negarme la mano de María!... (*Toma su baston de guia, lo examina y repasa con un cuchillo.*)

Arn. Él podría salir bien! (*Aparte.*) Tiene á su favor la opinion del pais. Si no me libro de este despiadado heredero, estoy perdido! (*Alto.*) Os hago una apuesta, amigo mio.

Mig. Apuesta?

Arn. Tal vez direis que soy indiscreto; pero cuando entraba aquí he oido algunas palabras de vuestra conversacion, que me hacen suponer que ese jóven os ha rogado le conduzcais al Passeyer. Pues bien: apuesto á que habeis tenido la imprudencia de condescender.

Mig. Sí, señor... Condesciendo!

Arn. Pero yo no puedo consentirlo! Me habeis inspirado un interes muy grande, como se lo inspirais á todos sin duda; todo el mundo os aprecia. Voy á contárselo todo á vuestro padre para que se oponga.

Mig. A mi padre! A mi padre! eh! No: no le digais nada, nada! Ya veis cuán inquieto está: mi

pobre madre se halla enferma, y... Si supiéseis qué perjuicio me causaríais frustrando mi tentativa!... Mirad: para obtener la mano de la hija de Andres, á quien amo mas que á mi vida, no me falta mas que dar una prueba relevante de valor, y no tengo otra ocasion de verificarlo!

Arn. Y solo por obtener la mano de María, vais á conducir al Passeyer ese viagero! En efecto, ya hace tiempo que estais enamorado de la muchacha. (*Aparte.*) Loco de mí que no me acordaba! Bien: desisto. Id á acompañar á vuestro huésped á la montaña. Siempre será tambien mucha generosidad por vuestra parte... y si sucumbís en la lucha empeñada entre vos y ese jóven, su triunfo será vergonzoso, puesto que vos mismo le habreis suministrado las armas!

Mig. Cómo? Qué estais hablando? Una lucha entre él y yo?

Arn. Sí, puesto que amais á María. No hay nadie que no se haya apercibido de que el viagero hace ya un mes que habla en secreto con ella á todas horas.

Mig. Es verdad; pero la habla de asuntos de su padre.

Arn. Hablar tanto de asuntos de otro? A su edad!

Mig. Y bien: aunque ese viagero amase á María, diríamos por eso que ella le amaba?

Arn. Habria una razon, á lo ménos, para sospecharlo.

Mig. Pero ese hombre va á marcharse de aquí hoy, para no volver jamas.

Arn. Corriente!

Mig. Entónces qué inquietud ha de causarme?

Arn. Y se irá solo?

Mig. Qué decís? (*Con prontitud.*)

Arn. Nada! Ademas, haced lo que os parezca. Qué me importan á mí vuestros negocios? Adios. (*Va á retirarse.*)

Mig. (*Poniéndose delante.*) Oh! No: no os ireis de aquí, sin esplicarme...

Arn. Qué quereis que os esplique? Cuando hubiera podido dar lugar con mis palabras á una conjetura justificada por las apariencias... que tal vez engañan!...

Mig. Ah! no! Vos sabeis algo mas. Sabeis cosas que es preciso sepa yo tambien. En vuestra reticencia se esconde una verdad que os arrancaré del corazon, si no me la decís! Creeis que soy hombre á quien se puede dejar el puñal clavado en la herida! No: Vos sacareis de la herida el puñal, aunque con el mortífero hierro me hubieseis de arrancar al mismo tiempo la vida! Aunque tuviese yo que acabar con la vuestra!

Arn. Son intolerables esas exigencias, señor mio! En el caso de tener yo razones, pruebas para pensar así, no tengo ninguna obligacion de comunicarlas. Sabeis acaso si el adquirirlas me habrá costado un delito?

Mig. Y qué importa? No es bastante garantía la que os ofrece mi desesperacion? Por piedad... si sabeis alguna cosa, decídmela!... Por compasion! Quereis que me arroje á vuestros pies? Dios mio! Decid qué es lo que quereis que yo haga, para que consintais en revelarme todo cuanto sabeis de María!

Arn. Bien mirado, es lástima que un buen muchacho sea por mas tiempo juguete de esa muger ingrata, y de ese aventurero que se burlan de su sencillez! Ni debo yo consentirlo! Me he convencido de que él es un intrigante que aspira á despojarme de los bienes heredados de mi tio!... Últimamente, cierta persona que me aprecia muchísimo ha interceptado, con suma facilidad por cierto, esta carta que le dirigian, y cuya letra reconocereis vos. Vedla aquí! (*Se la da.*)

Mig. De María! (*Lée.*) "Federico: una muger que »ama, bien puede escribir á su amante ciertas cosas »que jamas le confesaría de otro modo, porque el »rubor es grande inconveniente para algunas confi»dencias. No sé si atribuya á la influencia de la »cruz de mi padre este afecto que me esclaviza. »En fin, si estais determinado á no regresar sin mí »á vuestra patria, donde os llaman cuidados de im»portancia, intereses tan privilegiados...

Arn. Sí. El interes de arruinarme! Proseguid.

Mig. "Yo os seguiré. Abandonaré mi pais, y mis bien»hechores; pero, por Dios, no vayais á buscar la »muerte en el Passeyer, impulsado de una esperan»za quimérica. Sed condescendiente una sola vez con »la que os lo sacrifica todo, porque os ama mas »que á cuanto existe. = Vuestra esposa, María »Hofer."

Arn. Y ahora qué decís?

Mig. (*Con espresion de cólera reconcentrada.*) Ah! Siempre sucede así! No lo debo estrañar. El labrador sepulta encorvado en la tierra el caliente sudor, y vé por fin crecer la dorada mies: viene de la ciudad el viagero, y con la indiferencia del escarnio la huella y destroza! Cultiva el labrador sus arbustos y sus flores: llega el viagero, quiebra el arbusto para adorno de algun museo, arranca la flor y se la lleva entre las páginas de un libro! Pasa el labrador su vida entera á los pies de una muger, cuyo corason logra interesar por fin: se presenta el viagero, y con una desdeñosa mirada, dice para sí; esta muger me conviene!... Y se la lleva, como se llevó la flor, dejando en pos de sí luto y desesperacion!... Todos estos son derechos suyos... Nada hay mas natural. No debo estrañarlo por cierto!

Arn. Pero sería mejor no sufrirlo!

Mig. (*Con voz sofocada y llorosa.*) Y vos no sabeis que yo habia conseguido vencer la resistencia de esa muger! No sabeis que me amaba ya! Hubiera sido mi esposa, no lo dudeis: así se lo habia prometido á mi padre! Pero llegó ese miserable... y María se ha olvidado de Miguel... y le ha robado sus esperanzas para obsequiar con ellas á un aventurero! (*Con una esplosion terrible.*) Miserable! Y no le sacaré el corazon con mis manos!... Y no le haré mil pedazos bajo mis pies! Y no le arrojaré en seguida, revolcándose en su propia sangre, á los pies de María!

Arn. Tranquilizaos! tranquilizaos!

Mig. Y atreverse á contar conmigo para recobrar sus bienes, y ofrecérselos sin duda á María! Piensa que yo, dócil y sumiso, le guiaré á traves de todos los peligros de la montaña! Voy á decirle... (*Da algunos pasos.*)

Arn. Qué le diréis? No dejará por eso de casarse con María, á quien el Emperador ha asegurado una dote! Si yo estuviese en vuestro lugar, aceptaría la propuesta de ese rival insolente!

Mig. Aceptarla!

Arn. De lo contrario buscará otro guia, y no es imposible que lo encuentre. No teneis á vuestro favor mas que una sola esperanza: su muerte! Ahora bien: si él se resigna á ir á buscarla...

Mig. Pero me confia al mismo tiempo su seguridad, su vida!

Arn. Y estais obligado á perderos con él? Hay en la montaña mil sitios peligrosos, en los cuales el viagero no tiene mas ojos ni mas pies que los de su conductor; parages en que sin el apoyo de la mano que le conduce, rodaría hasta el abismo. No haceis memoria de un puente que está sobre un precipicio, y

que no consiste sino en el tronco de un árbol?...

Mig. Qué decis?

Arn. Nunca tendreis vos la culpa de que el puente se conmueva, ni de que el pié del viagero se deslize, ni de que al querer agarrarse á su guia para que se precipite con él, no encuentra la mano que busca y que pudiera sostenerlo.

Mig. (*Aterrado.*) Sería una traicion sin ejemplo! Por piedad, Dios mio, por piedad! Que olvide yo la idea que en este instante subyuga mi razon!

Arn. Y por último, cuando él quiere empeñaros en una empresa peligrosa, cuyo objeto es vuestra desgracia, debereis sacrificar vuestra vida á un rival dichoso?

Mig. Habladme con mas claridad. Pretendeis que yo sea un asesino?

Arn. Yo no digo que...

Mig. No: no se lo decis á mis oidos, pero se lo estais diciendo á mi corazon!

Arn. Y bien, Miguel, en resúmen: Á mí me pertenece la herencia de mi tio, cuyo legítimo nombre llevo: á vos pertenece el amor de una muger que os cuesta la vida; si un bastardo, pues, si un aventurero llega, Dios sabe de donde, y nos roba violentamente nuestra existencia, hostilizándonos hasta en el borde de un abismo... ¿no tendrémos derecho para arrojarlo al antro profundo por defendernos? Y si la suerte le espone al único género de muerte que puede parecer natural (porque el secreto quedará entre el abismo y vos) no nos creerémos autorizados?...

Mig. Ah! Callad, callad! No veis que con solo la idea de la muerte de ese hombre, mi sangre se enciende, y no estoy ya en mí? Callad! No veis el crímen que me busca, y me encuentra, y me roe, y me devora con vuestras palabras? Callad por Dios, callad!

(*Se oyen las dos en un relox.*)

Arn. Ha pasado una hora, y es tiempo de emprender el viage. Ved aquí á vuestro rival que viene á buscaros. No conviene que nos halle juntos. (*Se va por el foro.*)

ESCENA IX.

FEDERICO. MIGUEL.

Mig. Dios mio! Léjos de mí esta horrorosa tentacion! Vos conoceis que no tengo fuerzas para resistirla!

Fede. Marchemos! El momento es favorable. Nadie nos observa. Estais pronto?

Mig. (*Con voz sofocada.*) Y es él quien me lo pregunta! Lo he reflexionado mejor, y no voy.

Fede. Como! Habiendo prometido tan formalmente acompañarme!

Mig. (*Mas alto.*) No voy! no señor! No quiero ir!

Fede. Nadie tiene derecho para faltar así á su palabra. Contando con vos no he buscado otro guía, y el tiempo es precioso para mí! Me habeis prometido venir conmigo al Passeyer, y vendreis!... (*María se presenta, y escucha muy asustada.*)

Mig. (*Aferrándose á la mesa y haciéndose firme.*) No iré: Ya lo he dicho! No iré!

Fede. No ireis? Por qué motivo? tendreis tal vez miedo?

Mig. Miedo! Dios sabe por quien tiemblo yo!

ESCENA X.

DICHOS. MARIA (*Adelantándose.*)

Mar. Qué escucho? Me faltais á la palabra? Me habíais prometido que no os entregaríais locamente á la muerte!

Fede. (*Aparte.*) Qué le diré?

Mig. (*Aparte y furioso.*) Delante de mí! Es ya demasiado!

Mar. (*Con viveza.*) Prometedme de nuevo que no ireis! Y vos, Miguel, cuidado con acompañarle! (*Afecta serenidad.*) Es que... mirad..... estoy muy agradecida á este viagero, porque me ha traido una reliquia de mi padre... y sobre todo, tengo derecho hasta para prenderlo, si se obstinase en perderos. Miguel, amigo mio, mi querido hermano, si me amais, no vayais con ese hombre... no!

Mig. (*Aparte.*) Si la amo! Y tengo aquí la carta!

Fede. (*Aparte.*) Es preciso engañarla. (*Alto.*) Está bien, Señora: Una vez que esta expedicion os asusta, por vuestro hermano adoptivo y por mí... debo renunciar á ella, y renuncio.

Mar. (*Aparte.*) Ha recibido mi aviso!

Fede. (*Bajo á Miguel y de paso.*) De aquí á cinco minutos á la falda del Passeyer!.. Es indispensable!...

Mig. (*Lo mismo.*) Allí estaré.

Fede. (*Á María que le dirige una mirada interrogante.*) Obedezco: Obedezco. (*Se va por el foro.*)

Mar. Tengo su palabra, y la vuestra. Miguel, me habeis prometido no ir! Cuidado, mi querido Miguel! (*Miguel hace un gesto afirmativo.*) Me retiro tranquila. (*Se va.*) (*Aparece Arnoldo.*)

Arn. Qué os ha dicho?

Mig. (*Toma el baston.*) Me ha citado á la falda de la montaña para que subamos juntos.

Arn. Y vas á conducirle?

Mig. (*Con firmeza terrible.*) Sí!.. ah! Sí!... pero... no volverá!

ACTO CUARTO.

Aposento alto en la posada. Ventanas muy grandes en medio, al foro, á traves de las cuales se ve en perspectiva el Passeyer, á mucha distancia. Algo mas cerca una roca que se supone ser el principio del camino del monte. Una puerta al fondo del aposento hacia la derecha; comunica á un gabinete. Otra al fondo hacia la izquierda; comunica con una escalera. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, *en pie*. GUILLELMO COLMANN, *sentado*.

Mar. Y podreis perdonarme?

Colm. Pero, María, de veras, nos abandonais? Estábamos acostumbrados ya á trataros como hija! Nos habíais concedido casi un derecho con tan grata costumbre, y nos dejais para siempre, por seguir á ese desconocido! Nada quiero deciros de nuestro cariño, de nuestro dolor, de la desesperacion del pobre Miguel, que tal vez no podrá sobrevivir á sus pesares! No tengo autoridad sino para ocuparme de vuestro bien estar, que es el deber que me dejó en herencia vuestro padre! Pero creeis ser feliz al lado de ese estrangero?

Mar. Solo Dios sabe si consistirá en él mi felicidad! Puedo, sin embargo, aseguraros que léjos de él, me será insoportable la vida. En cuanto á la confianza

que merezca Federico, el depósito que le fué confiado por mi padre, y mas que todo los presentimientos de mi corazon, no me permiten dudar ni un instante de su honradez! Huérfanos ambos, la simpatía de la desgracia ha estrechado las distancias entre uno y otro; y tampoco mi padre hubiera condenado esta eleccion. He despreciado en Viena mas de una mano poderosa: aspiro á un matrimonio mas ilustre: quiero ser la esposa de un proscrito!

Colm. Entónces, María, nada tengo que añadir. Es forzoso que os separeis de nosotros para ser feliz con el hombre á quien amais... Es forzoso que hoy mismo os perdamos, para que podais salvar á un proscrito!... Dios os bendiga, y os proteja, y vele por vuestra felicidad, sin olvidarse de confortarnos en nuestras amarguras, consolando á mi pobre muger que padece tanto, y á mi hijo cuya pesadumbre será terrible!

Mar. Aun tengo que deciros otra cosa: tal vez vais á incomodaros por mis exigencias. No solo es preciso que aprobeis mi fuga, sino tambien que la protejais. Mi esposo tiene aquí un enemigo mortal, Arnoldo Keller, su primo, que solo con la muerte de Federico puede gozar de un nombre respetable, y de bienes cuantiosos. Si Arnoldo supiese que su pariente, proscrito, estaba aun en los dominios de Austria, éramos perdidos. Defendednos; pensad hoy en nosotros solamente, mi buen Colmann!

Colm. Que yo le proteja! Que yo vele por la seguridad de un rival que ha venido á destruir el feliz porvenir de mi hijo! Demasiado cruel es el sacrificio que me imponeis... pero recuerdo las palabras del pobre Andres, mi antiguo, mi querido amigo. "Prométeme »que mi desgraciada hija será consolada por el dig- »no amigo del que le dió el ser! Si otro cariño pu-

»diese indemnizarle algun dia de los dolorosos padecimientos que le ha costado el nuestro... júrame que »protegerás su eleccion!... Júrame que la harás dichosa, secundando su libre voluntad!... Jura sobrevivirme en el amor que le profeso!..." Sí: recuerdo estas palabras... tú las pronunciaste... y tambien recuerdo que mi promesa te tranquilizó en la hora de la muerte! Andres... el mártir! Guillelmo Colmann no retrocederá delante de los amargos sacrificios que lleva consigo el deber que le dejaste en herencia!

Mar. Cuanto os lo agradezco! Ademas... estoy inquieta por Federico... aunque, por otra parte, su ausencia es muy natural cuando va á emprender un viage. Sabeis que queria ir á buscar en el Passeyer esa cartera que ha ocasionado ya una gran desgracia? Si no hubiese sido por mí, se habría arrojado á la muerte en obsequio de la buena memoria de su madre; y para mayor fatalidad pretendía que vuestro hijo, su rival, le sirviese de conductor! Ah! Gracias á que pude disuadirlo, y me prometió que renunciaría á su proyecto. De lo contrario, tal vez sería yo á esta hora la mas infeliz de las mugeres!

Colm. Qué decís, María, qué decís? Sospecharíais acaso del honor de mi hijo? Aunque Federico Keller fuese abiertamente su rival, su mas implacable enemigo... si Miguel, mi hijo, hubiese aceptado el encargo de guiarle, de marchar á su lado, moriría mil veces por salvar á su rival y á su enemigo!

Mar. Oh! no: nada sospecho de vuestro hijo.

Colm. Pero tranquilizaos. Miguel no habrá consentido. Hubiera sido una imprudencia tanto mayor, cuanto que la mudanza de viento nos anuncia un infalible desprendimiento de nieves. Es su tiempo! Ya se han conmovido grandes masas, y no acabará el dia sin

que el Passeyer quede trastornado desde la falda hasta la cima.

Mar. Dios sea bendito! Federico ha cumplido su palabra. Pero... Arnoldo y su amigo vienen hacia aquí y me parece que traen una conversacion muy animada. Cielos! Si habrán sabido el verdadero nombre de Federico!

Colm. María, os lo he prometido: yo mismo facilitaré al esposo de vuestra eleccion... los medios de huir prontamente. Y aun haré mas. Voy á observar á sus enemigos, para saber si proyectan algo contra vosotros. — Tal vez no acierto... pero al mismo tiempo se trata de impedir que prendan en mi casa á un proscrito, de cuya desgracia sería yo responsable... Le salvaré á cualquier precio.

Mar. Como me acusa vuestra bondad! Pero no os abandono para siempre! Nos volveremos á ver: lo espero!

Colm. No me enternezcais, María... Dejadme fuerzas para cumplir mi deber. Vienen. A Dios! (*María se retira por un lado: y Colmann entra en el gabinete.*)

ESCENA II.

ARNOLDO KELLER. BLUMFIELD.

Blum. Sí, señor: un viagero que llega de Milan, hablándome de los negocios políticos del pais, acaba de decirme que un jóven llamado Keller ha sido preso, que se ha fugado, y que han pronunciado contra él en rebeldía, sentencia de muerte.

Arn. Pero será acaso una suposicion. Por otra parte ese nombre es tan comun!...

Blum. De cualquier modo las noticias son preciosas; y si los tribunales austriacos, que no perdonarán á

contumaz, se encargasen de librarnos del impostor, me parece que este lance no es para despreciado. Mas vos mostrais una indiferencia, una frialdad que no comprendo, cuando os doy una esperanza que debía llenaros de júbilo!

Arn. Es que cada instante que pasa (*Aparte.*) me autoriza para esperar algo mas. Confio en que los dos... mi enemigo y mi cómplice... (*Alto.*) Teneis razon, querido Blumfield. Id á la ciudad; aseguraos de la identidad de la persona de Federico; pero... cuidado! El mas profundo secreto acerca de su presentacion en esta posada! Una sola palabra vuestra, dirigida únicamente á mí, bastará para indicarme los resultados de la gestion, y hacerme tomar las convenientes disposiciones en nuestro comun interes.

Blum. Irme á la ciudad, dejándole aquí! (*Aparte.*) No importa. Está rodeado, aunque no lo sabe, de todos mis auxiliares; y puesto que otros me responden, puedo fiarme. (*Alto.*) Voy al momento. Si dentro de una hora no os he dado ningun aviso, será señal de que Federico no tiene que temer nada del Austria. (*Se retira por la puerta que conduce al esterior. Se ve á Miguel que baja precipitado por las rocas del foro.*)

ESCENA III.

ARNOLDO KELLER, *solo.*

Arn. Los minutos me parecen horas. Los dos marcharon. Yo los ví subir juntos... pero que habrá sucedido? Ah! Valen, por ventura, los bienes de mi tio la agitacion y los tormentos que estoy sufriendo? Solo hay una cosa que hace grata la vida, segun dicen; el oro! Y precisamente el oro es el que impide ó

destruye los verdaderos goces! Qué haré? Esperar— Ah! Cuanto se padece para perder á un hombre! (*Da algunos pasos para salir. Se presenta Miguel en el mayor desórden.*

ESCENA IV.

ARNOLDO KELLER. MIGUEL.

Mig. Salvadme... salvadme!...

Arn. Miguel! qué teneis? qué habeis hecho de Federico?

Mig. No lo sé!... No lo sé!.. Oh! Cuan horrible es el crímen! Salvadme! Salvadme! Un refugio! Un refugio contra el remordimiento, si puede haberlo en la tierra!...

Arn. Hablad... hablad... qué ha sucedido?...

Mig. Qué ha sucedido! Yo no lo sé... no sé mas que una cosa... que vuelvo solo, que soy un malvado... un cobarde... Sí, yo, yo Miguel Colmann, hijo de Guillelmo Colmann!... Ah! nadie se muere de vergüenza!

Arn. Acabad! Qué es de nuestro enemigo?

Mig. (*Con voz apagada y procurando recoger sus ideas.*) Hemos partido juntos, ya lo sabeis. Él me preguntaba... como á un amigo. Cuando nos enredamos en los senderos peligrosos, entónces... entónces... se apoyaba en mí... me pedia la mano, la estrechaba entre las suyas. Sí, la estrechaba... me decia que iba á lograr su objeto... me llamaba su salvador!... Lo ois?... me llamaba su salvador?

Arn. Y luego?...

Mig. Parecia que una fuerza sobrenatural guiaba mis pasos por el mejor camino, y dirigia los suyos á mi lado. Al llegar al tronco que sirve de puente pusimo

el pié uno detras de otro, yo delante... Habia cerca de nosotros un abismo desconocido! Cerca de él el precipicio del Passeyer; pero á mi lado otro abismo mucho mas espantoso... el crímen! El vértigo me acometió á mí el primero! Mis piernas temblaron, mi cabeza se trastornó, vacilé... y no sé lo que pasó por mí... pero creo que él me sostuvo; sí, creo que él me ha salvado la vida!

Arn. Y despues?

Mig. Continuamos subiendo. El remordimiento me perseguia; el remordimiento me decía á gritos que yo era un infame! Yo le oia mas vigoroso que la voz del torrente y el silbido del huracan. Un sudor frio inundaba mi frente: mis dientes rechinaban! Él, me estrechaba todavía la mano, y me miraba con inquietud; y yo... ya lo veis... yo no podia asesinarle!...

Arn. Y luego?

Mig. Al llegar á medio camino de la cima... á una frondosa colina que parecia propia para descansar, me dijo: "aquí debe de ser." Empieza á buscar, y de repente lanza un grito de alegría, coge entre la yerba una cartera, la abre con el mayor afan, y saca unos papeles... "Estos son! esclama, oh madre de mi alma! Oh María!" Sí, sí: ha dicho María! Ha pronunciado este nombre! Al pronunciarlo me he lanzado á él!... Sus ojos me miraban con benevolencia; tendia su mano hacia mi mano convulsiva... y entónces huí sin saber adonde. Él gritaba: "qué haces? Me abandonas! Sin tí soy perdido! Oh, infame, infame!" Yo he bajado del Passeyer, milagrosamente... rodando donde no podia correr... afianzándome en los árboles... impelido por una mano invisible que á cada momento me inclinaba sobre el abismo... y que me detenia al ir á caer en él... y oyendo

siempre aquella voz inexorable que gritaba: "Infame... infame... me abandonas!" Sin aliento, trastornado, delirante he corrido hacia este lugar donde está María... he corrido para verla y morir despues!

Arn. Como! Le has dejado vivo?

Mig. Ah, no temais! Está perdido! no temais! Yo soy un asesino! no temais, os digo! Estando solo, no podrá encontrar la bajada entre las mil sendas del Passeyer! Estando solo caerá infaliblemente! Ni siquiera tiene el baston herrado que sostenia nuestros pasos y que yo arrojé á un torrente! No puede salvarse sin un guía, y ninguno se presentará.... y ninguno llegaria á tiempo! Conoced ahora toda la iniquidad de mi asesinato! Pronto los pellones de nieve rodarán desde lo alto del Passeyer hasta los abismos! Sí. mi olfato ha percibido aquel viento terrible que colma los valles con las montañas, que derrumba las rocas sobre las ciudades, y que tiende sobre cadáveres de comarcas una sábana de nieve! Dentro de una hora... dentro de media hora... tal vez en un momento, el cuerpo de vuestro enemigo estará fuera del alcance, de las manos, de los ojos, del pensamiento de los hombres! Oh! Está perdido, lo conozco aun mejor por mi remordimiento!... Dios mio! y me atrevia á llamarme desgraciado cuando aun no conocia esta tortura!

Arn. Sosegaos, sosegaos! Vuestra turbacion, vuestro delirio van á descubriros, van á perdernos á entrambos!

Mig. Y qué me importa? Creeis que quiero vivir? Dejadme!... Dejadme, os digo!... Salid de aquí. Cuando os digo que salgais!... Vuestra vista es para mí un suplicio tan espantoso, que á fin de librarme de él... Mirad por vos! Ahora ya sé como se cometen los crímenes!

Arn. (*Aparte.*) Aguardemos á que pase este frenesí. (*Se va por la puerta que conduce al exterior.*)

ESCENA V.

MIGUEL, *solo.*

Dios mio! Ver otra vez á María, y morir! — María! Quién? Yo presentarme á ella... pero todavía no sabe... he de verla otra vez... nadie puede decirle... (*Se oye ruido en el gabinete.*) Alguien viene! en ese gabinete hay gente que habrá oido... Sea quien fuere el que sepa que Miguel Colmann es un infame asesino... yo le mataré. (*Toma una hacha y abre la puerta.*)

Colm. Infeliz! ya lo has hecho! (*Miguel anonadado, suelta el hacha: Colmann se deja caer en un sillon.*)

ESCENA VI.

GUILLELMO COLMANN. MIGUEL.

Colm. Dios poderoso! Cuan terribles son vuestros decretos! Por qué aguardais al fin de la vida, á la edad en que están agotadas las fuerzas, para herir nuestra ancianidad con los golpes mas terribles! Por qué no me encerrásteis ayer en el sepulcro, y hoy sería feliz! Cual fué mi crímen, gran Dios, que merezca por castigo ver en mi pais, bajo mi techo, en mi familia... un infame!... un traidor! un asesino!

Mig. Padre mio!

Colm. Como! eres tú, Miguel! Tú! no sabias, infeliz, que Dios mismo pone al viagero en las manos del guía... que el viagero debe ser para el guía mas que un hermano! Que el asesinarlo es mas que un parricidio! Y tú lo has perdido cobardemente! Tú! Tú, tiroles! Tú, hijo mio! Tú le has estraviado en esas montañas, haciéndolas tus cómplices! Y en aquellas

crestas terribles que tocan á las nubes, no te ha faltado aliento para el crímen! Te has atrevido á cometer semejante traicion á la faz del cielo! Una insigne maldad tan cerca de Dios! Y no has temido, infeliz, caer deshecho en el momento por el rayo que tu crímen buscaba en el seno mismo de la nube que lo oculta!

Mig. Piedad!

Colm. Cobarde! Cobarde, que no has tenido valor para asesinar cara á cara y para matar por tu mano! Cobarde, que has tenido miedo de todo, hasta de tu misma maldad! Que has huido de tu venganza, dejando á los elementos el cuidado de hundir léjos de tí á tu enemigo indefenso!... Cobarde, que en un solo dia has vilipendiado una raza, una clase, un pais entero; que has deshonrado el nombre de tu anciano padre,... por un crímen... por un crímen inútil! Ese hombre, sí, se salvará!

Mig. Y quien podrá salvarle?

Colm. Yo!...

Mig. Vos!... Como?

Colm. Ayer era guía: hoy vuelvo á serlo, (*Tomando un baston.*) y voy á buscar al viagero en la montaña.

Mig. Vos! Á vuestra edad! Sin fuerzas! Por un camino tan terrible!... Vos, para salvar á vuestro enemigo... no puede ser... pereceríais... y por quien?... Por él!... (*Empieza á nevar en el fondo del teatro*).

Colm. Por nuestro enemigo, dices? Y sé yo si lo es?... Solo sé que un viagero se confió noblemente á *tí*: y que tú le has hecho traicion! Pues bien; á ese viagero, sea quien fuere, á quien un hombre jóven y robusto ha estraviado traidoramente, el débil anciano lo salvará!... Conozco yo acaso al viagero? Qué me importa su nombre?... El honor de mi familia... eso

es lo que voy á buscar entre tempestades y precipicios... y lo traeré ó sabré morir!... Pero mi conciencia, como una nueva juventud, me vigoriza. Sí; Dios me favorecerá... dará fuerzas al anciano, valor al padre afligido...! Él guiará al guía con su dedo paternal!... Sí, miserable! Ya que tú has bajado de esa terrible montaña manchado con un crímen, yo no debo volver de ella sin haberlo expiado! Sí; en esos torcidos senderos, en el borde de los precipicios, en esas masas de hielo, en esos puentes movedizos, en esas crestas amenazadoras... aunque viejo, estaré mas seguro que tú, pues conservaré los ojos del guía leal, el pié del hombre honrado!

Mig. Padre mio, no sabeis que amenaza un desprendimiento de nieve?

Colm. Dios lo hará retroceder ante el anciano que va á recobrar el honor... y si lo deja caer sobre mi cabeza, mas vale encontrar la tumba entre la nieve que la deshonra bajo el techo doméstico!

Mig. Padre mio; pronunciais vuestra sentencia de muerte!

Colm. Sea ella tu castigo!... has querido ser asesino... serás tambien parricida! .. (*Va á salir*).

Mig. Deteneos, deteneos! Ya que es forzoso salvar á ese hombre, dadme el baston! yo iré... yo iré... os lo prometo!...

Colm. Tú! tú! Y quien me dice que no me engañas? Quien me dice que tu remordimiento durará todo el tiempo que necesitas para reparar tu crímen! No: el que fué traidor una vez, puede volver á serlo! Déjame... déjame pasar.

Mig. No, padre mio! (***Poniéndose delante de él***).

Colm. Miguel! Obedece!

Mig. No obedeceré!

Colm. Miguel, mira por tí!

Mig. Pasaréis por encima de mi cuerpo!

Colm. Y por qué no? (*Levantando el baston.*)

Mig. Matadme, pues!

Colm. No sería ese bastante castigo! Paso! Déjame paso, infeliz! (*Le derriba á sus pies*).

Mig. Padre mio, por Dios! (*Agarrándose á él.*)

Colm. Voy á buscar al viagero (*Desprendiéndose con violencia*) en la montaña... y no volveré sin él... (*Sale, y deja encerrado á Miguel. Este cae medio desmayado. Un momento despues se ve á Colmann que sube por la montaña y desaparece. Luego se desprenden los pellones de nieve, cuya caida anuncian lejanos gritos. Miguel se levanta, se tira á la puerta que está cerrada: lanza un grito terrible y vuelve á caer: la nieve continúa cayendo en el fondo.*)

ACTO QUINTO.

Cuarto de una posada inmediata á Schlanders, ciudad del Tirol, próxima á la frontera suiza. Puerta en el fondo. Ventana á un lado. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

BLUMFIELD. EL MOZO DE LA POSADA.

Blum. Vaya, sírveme algun refrigerio en esa mesa, miéntras llega el carro, que sin duda no tardará en pasar.

Mozo. No, señor; no tardará. (*Le sirve.*)

Blum. Cuantas leguas hay desde esta posada á Suiza?

Mozo. Doce. (*Se va.*)

Blum. Heme, pues, reducido á viajar en un carro, el tren de los pobres!... ¿Qué digo? ¿Soy rico por ventura? ¿Tenía yo otra propiedad que la persona de mi deudor? Y mi deudor ha muerto! Ah! Qué escena! Qué escena! Ese jóven, llamado Federico Keller, á quien se creia confiscado para siempre por el desprendimiento de las nieves, se salvó casi milagrosamente gracias al gamo viejo de Guillelmo Colmann, que tan bien cogidas tiene las vueltas á las montañas! Y para mayor desgracia... el necio de mi deudor acepta el desafío de Federico, y se deja matar! A la verdad, no es un mal muy grande para mí... estaba completamente arruinado! Y haberle ocurrido la idea, al tiempo de morir, de encomen-

darme su venganza, de obligarme á denunciar al jóven á la policía austriaca! Como si no tuviese yo prisa para volverme á Suiza, cuando apénas me quedan unos cuantos florines! No diré que el bueno de Miguel Colmann no haga lo que yo me he negado á hacer... tambien él recibió las últimas confianzas de mi deudor... y pudiera muy bien ser ménos honrado que yo! Amaba tan ridículamente á aquella muchacha? (*Ruido de carruage: Va á la ventana Blumfield.*) Será el carro!... No: silla de posta que trae una rueda rota!... María y Federico se apean... irán tambien á Suiza... Si yo quisiera! con decir una palabra en la oficina de la policía de esa ciudad inmediata, podrían terminar aquí su viage... pero jamas! Semejante bastardía, que no me da nada á ganar!... Aquí se dirigen. Mi presencia no les sería por cierto muy agradable. Vamos á buscar el carro. Cuando uno está arruinado, debe ser filósofo y hombre de bien. (*Se retira por un lado.*)

ESCENA II.

FEDERICO KELLER. MARÍA. *Entran por el fondo los dos.* UN MOZO DE LA POSADA.

Fede. ¿Y no podrán poner antes la rueda en el carruage?

Mozo. Lo tendreis dentro de dos horas: es cuanto puede hacerse, trabajando sin levantar mano.

Fede. Está bien: dejadnos. (*Váse el mozo.*) Tranquilizaos, María: pronto nos verémos en un territorio libre... en un pais de refugio, que protegerá á sus hijos proscritos.

Mar. Desgracia es que la rueda se haya roto cabalmente á las puertas de una ciudad: esto aumenta el peligro.

Fede. Al contrario, á no ser así ¿como hubiéramos podido reparar el daño? Sosegaos.

Mar. Que me sosiegue, cuando estamos aun al alcance del gobierno austriaco? Si os prenden, no os perdonarán! Por otra parte no estriba mi temor en solo eso.

Fede. ¿Qué teneis, pues? ¿No ha muerto á mis manos el infame Arnoldo?

Mar. Sí; pero habeis dejado otro enemigo en la posada: un rival implacable! Miguel, que ahora sabe que estais proscrito!

Fede. Miguel! Oh! Cometió un crímen y no ignora que puedo perderle! No se atrevería!

Mar. Mas yo estoy culpada para con él, y le conozco muy á fondo! Ántes que consentir en verme feliz con vos, será capaz... No, nunca estaré tranquila; pues su venganza puede alcanzarnos lo mismo en Suiza que en el Tirol. Muchas veces al sacar la cabeza por la portezuela, me ha parecido que nos seguia un hombre á caballo.

Fede. Esas son sombras hijas del miedo... Vamos, María, tranquilizaos. Vuestro amor para toda la vida! Honrada la memoria de mi buena madre! Se reunen á la vez tantas satisfacciones, que creo imposible una desgracia! Ademas, no nos protege todavía la cruz de vuestro padre?

ESCENA III.

DICHOS. UN MOZO DE LA POSADA. *Luego*, GUILLELMO COLMANN.

Mozo. Un anciano desea hablar con el señor Pablo.

Fede. Un anciano!

Mozo. Acaba de llegar á caballo. Dice que se llama Guillelmo Colmann.

Fede. Guillelmo Colmann! Que entre! Él era sin duda el que nos seguia... mas con qué objeto? (*Colmann entra cubierto con una capa blanca que deja sobre una silla.*)

Mar. Vos, padre mio! Vos aquí. Por qué casualidad! Para vernos sin duda! Cuan bueno sois!

Colm. Habeis visto á Miguel?

Mar. ¿A Miguel? No.

Colm. Todo se ha perdido!

Mar. Explicaos.

Colm. Anoche desapareció poco ántes de poneros en camino. Esta mañana, al entrar en su cuarto, me he encontrado esta carta: tomad, leed...

Mar. (*Lee.*) "A nadie se culpe por mi muerte. Padre »mio, cuando leais este escrito, ya no existiré! »Pierdo la vida porque no puedo ser amado de María." Gran Dios!

Colm. Sin ninguna noticia suya, y conociendo la pasion que os tiene, juzgué que querría veros ántes de morir, y he seguido sus huellas... He corrido como en pos de la única esperanza que me quedaba. Ay! Corria en busca de mi desgracia!... No estando Miguel á vuestro lado, ha muerto sin duda!... muerto! mi pobre Miguel! Bien sé que era criminal... Sé que habia deshonrado al padre que lo llora; pero os amaba tanto! Y era mi hijo único! Pero soy hombre: debo soportar el dolor y preferirlo al oprobio! Y su madre!... Ya veis, su madre, que está ya enferma... cómo decírselo? Ah! Desgraciado de mí! (*Llora acerbamente.*)

Mar. Y yo... yo que soy la causa... Perdon! Perdon!

Colm. No os culpo. Sed dichosa. Desde que murió Andres Hofer, vuestra felicidad es mi primera obligacion! Muy cara me cuesta! Gozadla, sí; pero lejos de mí. No podría ser testigo de ella, sin acordarme

del precio á que la he pagado! Dios no permite que halle en vos el consuelo que me falta; pero, lo digo otra vez: no os culpo! Dejadme, dejadme, por favor, un instante! Destrozado por la angustia, por la fatiga del camino, necesito soledad y descanso. Idos... idos... (*María le estrecha la mano.*)

Fede. (*Aparte á ella al retirarse.*) Al ménos, María, ya no habrá en vuestras penas ninguna zozobra para mí.

ESCENA IV.

GUILLELMO COLMANN. *Luego* TADEO.

Colm. Como ocultar á mi pobre Margarita esta desgracia hasta que recobre sus fuerzas!

Tad. Dejadme entrar: (*Al mozo de la posada.*) Sé que está aquí nuestro amo, el Señor Colmann, y le traigo un recado de su muger. Buenos dias, nuestro amo.

Colm. Buenos dias, amigo. (*Distraido.*)

Tad. El ama está con mucho cuidado por vos: y yo tambien, no es por alabarme, estaba... así, con una pena! Pero ahora sé que habeis salido de casa para alcanzar al Señor Miguel: sé que entrambos gozais buena salud; y voy á volverme delante para tranquilizar á la Señora.

Colm. Eh? Qué has dicho?... Has hablado de Miguel?

Tad. He dicho que goza buena salud, como vos, y que puedo volverme.

Colm. Miguel! Le has visto?

Tad. Como ahora os estoy viendo! En la plaza mayor de la ciudad, aun no hace un cuarto de hora.

Colm. Y vive!

Tad. Pues no lo estoy diciendo?

Colm. Oh! No, no es posible! Tú sabias que yo le creia

muerto; tú lo sabias, y quieres alucinarme! Has inventado para mí una felicidad que no puede existir! Tu accion es de criado fiel; pero confiesa que no le has visto.

Tad. Le he visto... visto... á dos pasos de mí! Quise hablarle; pero huyó como temiendo ser reconocido.

Colm. Miguel? tú acabas de verle! ahora mismo!... Luego ha renunciado á su proyecto? Sí: ya no cometerá la crueldad de ejecutarlo. Se ha salvado! Dios mio! Vive! Vos me lo devolveis! Dios mio! Dios mio! Os doy gracias. (*Se arrodilla.*)

Tad. Le creíais muerto!

Colm. Y dime, como...?

Tad. Voy á contaroslo. Estaba yo enmedio de la plaza, frente á las oficinas de la policía austriaca: de repente veo un hombre que con una carta en la mano, se acerca al buzon de la puerta; figuróseme que se parecia al Señor Miguel; pero dije: "No puede ser! Nada tiene él que ver con el gobierno Austriaco!" al mismo tiempo se volvió. . como no habia de conocerlo? Estaba pálido, y muy agitado. Le temblaba la mano, acercaba la carta al buzon y la retiraba luego! Entónces se me ocurrió que querria engancharse, porque desde que se fué la Señorita María... En fin, me acerqué á él para decirle: "os equivocais, Señor Miguel, no es esa la oficina de enganche, si no la de la policía secreta... Van á creeros un espía, ó un delator."

Colm. Qué dices? (*Horrorizado.*)

Tad. Pero en el momento en que iba á tocarle en el hombro, zas! arroja precipitadamente la carta en el buzon, y echa á correr como si le persiguieran.

Colm. Dios mio! Qué horrible idea!... Pero no; el hijo del amigo de Andres Hofer; el que, siendo niño, peleaba ya en nuestras filas... no es posible! Tadeo, te

has equivocado: te digo que no era mi hijo; mi hijo ha muerto!

Tad. Pero Señor...

Colm. ¡Te digo que ha muerto! (*Arrebatado.*) Que se ha suicidado! En esta carta me lo anuncia! El no podia tener negocios con la policía austriaca! Sin duda estaba ya anocheciendo cuando creiste verlo. Te digo que ha muerto! Entiendes? Ha muerto!

Tad. Como gusteis! Pero me pareció...

Colm. Sin embargo, aquella pasion desenfrenada, aquel carácter indómito... Corro yo mismo á la ciudad. Tú, ve á buscar á María, que está ahí con su compañero de viage, y dile que no tarde un momento en ponerse en camino. Anda pronto. (*Tadeo se va por la derecha.*) Voy á salvar el honor de la familia, ó á vengarla. (*Toma su capa y se va por el fondo*).

ESCENA V.

MARÍA, *que entra precipitadamente por la derecha.*

Mar. Colmann! No está aquí... "Mi amo os advierte que marcheis al momento" me ha dicho Tadeo; y ha desaparecido! Ah! esta inquietud me mata! El carruage no se hallará corriente hasta dentro de media hora, aunque el mismo Federico está ayudando á componerlo. La noche que ya va entrando nos favorecerá sin duda, lo espero. Dios mio! Qué significan las palabras de Tadeo! Habrán descubierto á Federico? No; nada veo (*Se asoma á la ventana.*) delante de la casa, ni tampoco en el camino! No: nadie puede estorbarnos!

ESCENA VI.

MARÍA, MIGUEL.

Mig. Nadie!... (*Preséntase por la izquierda.*)

Mar. Miguel! Miguel! Vivo! Vivo! Salvo! Ah! Qué felicidad... para su padre! Corred, amigo mio, corred á tranquilizar á vuestro padre, que os está llorando... y que no os aguarda ya!

Mig. No, Señora! Guillelmo (*Con calma y taciturnidad.*) Colmann tiene razon. El suicidio que yo queria consumar, segun escribí á ese anciano, lo mismo se ha perpetrado asesinando mi honradez, que atentando á mi existencia! Miguel asesino y delator ha dejado de ser hijo de Guillelmo Colmann, como si hubiera muerto! Yo me he despojado del apellido de mi padre ántes que de mi honra! El hombre que está delante de vos no tiene ya remordimientos, no tiene mas que amor! Pero un amor que no se contentará con engañosas esperanzas, con falaces promesas; un amor que os ha reconquistado para no dejaros jamas!

Mar. Miguel! Es posible! Vos! tan noble, tan bueno en otro tiempo!

Mig. Ah! No volvais á hablar de ese tiempo cuya memoria hace mil veces mas horribles los crímenes de que sois causa! María, los momentos son preciosos. Dentro de un cuarto de hora, vendrá aquí con tropa un Comisario austriaco á quien he avisado; pero ignora por qué motivo le llaman. Federico puede salvarse aun: puede huir á Suiza; pero huirá solo! Viviendo yo, no le seguireis! Ya sé lo que son vuestras promesas, y no las acepto. Ó la muerte para él... ó su libertad, y vuestro amor para mí! Escoged! (*La asegura.*)

Mar. Miguel! Por piedad! (*Pugnando con él.*)

Mig. Piedad! He padecido mucho... ya no me queda piedad para nadie!

Mar. Ah! Dejadme! (*Desasiéndose con violencia.*) Miéntras he creido hablar con mi hermano, con aquel á quien estimaba, á quien lloraba todavía, he podido suplicar... pero á fuerza de oiros ultrajar á la esposa de Federico, me acuerdo de que soy la hija de Andres Hofer! Si por vuestra delacion prenden á mi esposo, si muere, yo seguiré su suerte. Pero al morir os dejaré el oprobio y el eterno remordimiento de una estéril villanía! Vengan, pues, los espías, los verdugos, vuestros cómplices! Aquí nos hallarán tranquilos, y satisfechos de morir juntos! Sí, satisfechos; miéntras vivamos, y en la eternidad!

Mig. María Hofer, á pesar de todo vas á ser mía! (*Quiere asirla otra vez.*)

Mar. (*Tomando de la mesa un cuchillo.*) No os acerqueis! No os acerqueis!...

Mig. María!... el tiempo es precioso! No ves que se están preparando grandes crímenes? No ves que va á correr sangre? Oh! Sálvanos á todos! Sálvame de mí mismo! Sí; ya lo sé; soy un cobarde, un infame! pero tú lo has querido! Tú no puedes comprender lo que es la necesidad de amarte, lo que es la desgracia de perderte! María! María! Por la última vez, ten compasion de mi padre, de todos nosotros! Oh! Si tú supieras como te amaría yo! (*De rodillas.*)

Mar. ¡Si tú supieras como te desprecio!

Mig. Ah! no puedo mas! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VII.

MARÍA; *despues* EL MOZO DE LA POSADA.

Mar. Compadézcase el cielo de nosotros! Ya me abandonan las fuerzas!

Mozo. (*Entrando.*) Señora! Qué significa esto? La casa está rodeada de tropa: un Comisario viene con los soldados.

Mar. Soldados?... Y qué quieren! (*Se retira el mozo.*)

ESCENA VIII.

MARÍA. EL COMISARIO, *con soldados. Despues* FEDERICO.

Com. (*En alta voz á los soldados.*) Que nadie salga de la casa... y si alguno intenta escaparse, haced fuego ántes que dejarle huir. (*Vanse algunos soldados.*) Tal vez será grave la ocurrencia! Puede que haya un crímen que descubrir ó que castigar. Esta carta anónima, me lo anuncia, sin darme ninguna esplicacion.

Mar. Os equivocais, Señor Comisario.

Fede. (*Entrando por la derecha.*) ¡ Qué veo!

Mar. (*Á Federico.*) Silencio!

Com. ¿ Quien es este jóven?

Fede. Soy un viagero italiano: me llamo Pablo Lorenti.

Com. Bien. Mas ya que nadie me indica el objeto de la disposicion que se me ha hecho tomar, me llevo presos á cuantos se hallan en la posada, y permanecerán en la cárcel hasta que se averigüe si hay entre ellos algun criminal.

Mar. Todo se ha perdido!

Fede. Caballero, con qué derecho? (*Esplosion de una arma de fuego á la izquierda del teatro.*)

Com. ¿Qué tiro es ese? Tal vez alguno que ha querido escaparse! Por aquí ha sonado! La puerta está cerrada... echadla abajo! (*En el momento en que los soldados se disponen á violentar la puerta por donde entró Miguel, esta se abre y se presenta Colmann muy pálido y envuelto en su capa blanca.*)

ESCENA IX.

DICHOS. GUILLELMO COLMANN.

Colm. (*Con voz ahogada.*) Señor Comisario, vengo á daros conocimiento del objeto que os trae á esta casa. En ella no hay ningun criminal. Solo habia un desgraciado... que ya no existe! Él os llamó con anticipacion para que hiciéseis constar su propio suicidio.

Com. Y quién era?

Colm. Miguel Colmann, mi hijo! su cadáver está en el patio, al pié de esta escalera.

Mar. Es posible?

Com. Y quién me probará que ha sido un suicidio?

Colm. Esta carta que habia escrito de antemano para mí... para su padre! Esta carta qué me ha hecho correr precipitadamente en su seguimiento!... Pero he llegado demasiado tarde. Ved, Señor Comisario; es letra igual á la del aviso que habeis recibido.

Com. (*Lee.*) "Á nadie se culpe por mi muerte. Padre »mio, cuando leais este escrito ya no existiré!... Pier»do la vida, por que no puedo ser amado de Ma»ría!" — Si: reconozco la letra: es la misma. Voy ahora á reconocer el cadáver. (*Se va por la izquierda. Al mismo tiempo entra Tadeo por el foro de-*

satentado sin ver á Colmann que se ha dejado caer en una silla.)

ESCENA X.

FEDERICO KELLER. MARÍA. TADEO. GUILLELMO.

Tad. Señorita María! Señorita María! Si supiéseis...

Fede. ¿ Qué ?

Tad. Una cosa terrible! Á pesar de la oscuridad de la noche, lo he visto desde la ventana que da al patio! Pobre amo mio! Pobre Señor Miguel! Un hombre á quien no he conocido hablaba con él en voz baja, pero con un fervor estremado!... Á pocos minutos de aquella estraordinaria conversacion, el Señor Miguel ha sacado una pistola y la ha disparado en su propia frente. Ha sido aquello un abrir y cerrar de ojos. El que estaba con él no ha tenido tiempo para estorbar el suicidio...

Fede. ¿ Y quien era?

Tad. No lo sé! Llevaba una capa blanca!

Colm. (*Levántase y acercándose embozado en su capa.*) Una capa blanca has dicho?

Tad. (*Alzando los ojos, y lanzando un grito.*) Ah!...

Mar. Fede. Era su padre!

Colm. Sí! Un padre infeliz á quien el cielo ha conducido aquí para que presencie el suicidio de su hijo único! Este hijo era un infame, un asesino, un delator! Es verdad! Su muerte es justa; pero su madre no podrá sobrevivirle! Oh! Dios mio! Dadme fuerzas siquiera para cerrar los ojos de mi desventurada esposa!

Com. Mi deber está cumplido: que abran las puertas; todos los que hay en esta casa quedan en libertad.

Mozo. (*Á Federico.*) El carruage os aguarda.

Colm. Yo vuelvo al lado de mi pobre Margarita! Señora, no os detengais, salid de aquí al instante! Ya veis si he cumplido el juramento que hice á vuestro padre! Juramento sellado hasta con la sangre de mi hijo! Andres Hofer, mi antiguo camarada, bien puedo ir á reunirme á tí en el seno de la eternidad! El Dios de los buenos me concederá un lugar á tu lado, pues ambos hemos sufrido con valor nuestro martirio! (*Toma su baston y se dirige á la puerta del foro seguido de Tadeo. María y Federico al salir por un lado le miran con dolor. Cae el telon.*)